

FRANQUICIA DE REINO



Oswaldo Rebolleda

FRANQUICIA

DE REINO



Oswaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores Argentinos**

Revisión solo ortográfica: **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción	5
Capítulo uno:	
En los negocios del Padre	11
Capítulo dos:	
La franquicia demanda Luz	25
Capítulo tres:	
La franquicia demanda Justicia	42
Capítulo cuatro:	
La franquicia demanda Paz	59
Capítulo cinco:	
La franquicia demanda Gozo	74
Capítulo seis:	
La franquicia demanda Amor	88

Capítulo siete:

La franquicia demanda Fe.....104

Reconocimientos.....121

Sobre el autor.....123



INTRODUCCIÓN

“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo...”

Mateo 6:9 y 10

Vivir enseñando la Palabra de Dios en diferentes eventos, y escribiendo diversos materiales me ha llevado a profundizar en muchos temas trascendentales respecto al Reino de Dios. No sé cuántos libros más el Señor me permitirá escribir, pero este es mi libro número 158, lo que implica muchos años de trabajo. Tal vez por eso considero prudente presentar esta amigable propuesta, con la intención de repasar algunos de esos temas fundamentales.

Además, cuando uno permanece tan enfocado en una tarea durante tantos años, inevitablemente vincula todo lo que oye, y todo lo que ve, con las verdades del Reino. Así fue cómo surgió en mí, la idea de utilizar el concepto de “franquicia” para describir el funcionamiento del Reino de Dios en la tierra.

En una ocasión, observaba una empresa multinacional de comida rápida cuya sede principal está en Estados Unidos. Su logotipo está compuesto por dos arcos dorados y sus colores predominantes son el rojo y el amarillo. Para que

podamos apreciar lo que realmente implica un diseño o una identidad determinada, analicemos este detalle: Solo he descrito esta empresa en dos renglones y estoy seguro, de que ya todos saben que me refiero a McDonald's.

Ahora bien, esta corporación opera como una franquicia, que ofrece un modelo de negocio basado en la venta de productos como sus famosas hamburguesas, papas fritas, menús de desayuno y refrescos. Atiende aproximadamente a 68 millones de clientes por día en más de 41.500 establecimientos, distribuidos en 118 localidades diferentes alrededor del mundo.

Esta empresa emplea a miles de personas y ha logrado adaptarse a diferentes culturas, pero lo curioso es que a nadie que haya adquirido esta franquicia, se le ha ocurrido pintar sus arcos de color azul o de color verde, porque hay normas que respetar. No solo en cuanto a la forma o los colores del logotipo, sino también en el diseño de cada sucursal, los métodos de elaboración y la forma de atención al público.

El modelo es exitoso en cualquier lugar, pero es evidente que no se puede alterar a voluntad. Al ser una franquicia, no es posible formar parte de ella sin acatar absolutamente todas sus exigencias. También es interesante notar que cualquiera podría vender hamburguesas en un negocio independiente, con un nombre y diseño propio, pero formar parte de esta reconocida franquicia garantiza el éxito, mientras que hacerlo por cuenta propia puede generar un resultado incierto.

De hecho, las franquicias como la de esta empresa, requieren cumplir numerosos requisitos, y suelen ser muy costosas. Sin embargo, quienes tienen los recursos suficientes, no dudan en invertir grandes sumas de dinero para ser parte de ellas. En definitiva, nadie pone en duda su éxito y todos consideran que vale la pena la inversión. Saben que simplemente deben seguir todas las normas establecidas y el negocio funcionará.

Indagando sobre las franquicias llegué a pensar: “Este sistema funciona como el Reino de Dios en la tierra. Su diseño garantiza el éxito a quien lo vive; solo debemos respetar todas las demandas del Creador”. Si hacemos las cosas a Su manera, todo lo que no nos ha funcionado comenzará a funcionar, y nuestra vida se convertirá en un éxito verdadero. Por supuesto, no me refiero al éxito superficial que propone el mundo, ni a ganancias financieras, sino aquel que tiene verdadero valor eterno.

Por otra parte, no hago referencia al Reino de Dios en su sentido más amplio y absoluto, porque el Reino de Dios lo abarca todo, está en todo lugar y no necesita ser establecido ni manifestado, pues nunca ha dejado de ser. Me refiero al Reino de Dios en la tierra, porque esa es la asignación que nos compromete como seres humanos.

Consideremos que, según los científicos, en el universo observable hay más de un billón de galaxias, y no sabemos si existen miles de billones más. Sería absurdo hablar del Reino de Dios, sin limitar nuestra comprensión a

la tierra, que es el ámbito de nuestra responsabilidad como representantes de Dios. Todo lo demás nos supera ampliamente y no podemos comprenderlo.

El Reino celestial fue establecido en la tierra a través de Adán, y Dios no nos ha revelado muchos detalles del mundo preadámico, por lo que no tenemos muchas herramientas para especular al respecto. Lo que sí sabemos es que Adán y Eva, perdieron la gran oportunidad de gobernar la creación bajo la autoridad de Dios.

La famosa rebelión produjo una separación entre Dios y los hombres (**Isaías 59:2**). Como consecuencia, el Padre ejecutó Su plan redentor a través de Su Hijo Jesucristo, quien encarnó, murió y resucitó para restaurar a los seres humanos con la idea de consumir Su propósito, que es el establecimiento definitivo del Reino de los cielos en la tierra y su plena manifestación.

En esta dispensación de gracia que vivimos a partir de Cristo, hemos recibido acceso a Su vida y a Su posición (**Hechos 17:28**). En Cristo, tenemos el privilegio de poseer Sus dones, talentos, capacidades y virtudes, con la invitación a vivir en Su plenitud. No podemos acceder a este privilegio por mero esfuerzo personal; es únicamente por Su gracia que hemos sido posicionados. Sin embargo, no debemos desaprovechar semejante oportunidad.

Nuestro problema ha sido intentar vivir el Reino a nuestra manera, y por eso algunas cosas no han funcionado.

Es como si tuviéramos la oportunidad de abrir una sucursal de McDonald's, y en lugar de vender hamburguesas, decidiéramos vender zapallitos rellenos. Es evidente que, si el negocio fracasa, es por nuestra propia negligencia.

La vida en el Reino funciona, y la religiosidad no debería ser parte de ella. Lo que debemos hacer es adherirnos a los diseños de Dios y no intentar convencerlo de los nuestros. Si lo hacemos así, todo cambiará por completo, y nuestro éxito, según Dios, estará garantizado.

También aclaro, que no pretendo reducir el Reino de Dios a una simple franquicia comercial; solo he utilizado esta ilustración superficial, de fácil comprensión, para enseñar principios que son trascendentes y profundos. Mi intención es explicar algunos temas de manera sencilla y dinámica, sin dejar de ser absolutamente reverente ante las verdades del Reino y ante nuestro amado Señor.

A través de este ejemplo natural, este libro nos enseñará cómo vivir plenamente, afincados en las verdades espirituales del Reino, y cómo participar eficazmente en los negocios del Padre. Sin rebajar esos negocios a los intereses económicos terrenales, sino a las ganancias eternas que podemos obtener trabajando para el Reino.

Jesús habló de ganancias celestiales, no terrenales: ***“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen,***

y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:19 al 21). Los beneficios del Reino de Dios, las ganancias eternas, no se miden en dinero o posesiones terrenales, sino en la amplitud de la gracia de Dios, en el impacto eterno de nuestras acciones y decisiones, y en el gozo y la recompensa espiritual que vienen de cumplir la voluntad divina.

Cuando nos dedicamos a las cosas del Reino, sacrificando tal vez nuestros propios deseos y ganancias terrenales, encontramos una ganancia mucho mayor (**Mateo 16:25**). Aun así, la bendición integral también fluye en nosotros cambiando realidades presentes.

Por último, les cuento que, buscando información sobre franquicias argentinas en internet, mostré interés por algunas de ellas. Como resultado, me enviaron los requisitos y condiciones de las empresas consultadas. Leí atentamente esas páginas y así conocí más sobre ellas. De la misma manera, espero que ustedes puedan leer con atención las páginas de este libro y conocer más acerca de las demandas del Reino de Dios en la tierra.

“Así que, primero busquen el Reino de Dios y el bien que Dios quiere que hagan, y se les dará todo lo que necesitan”.

Mateo 6:33 (PDT)

Capítulo uno

EN LOS NEGOCIOS DEL PADRE

“Al regresar ellos, acabada la fiesta, se quedó el niño Jesús en Jerusalén, sin que lo supiesen José y su madre. Y pensando que estaba entre la compañía, anduvieron camino de un día; y le buscaban entre los parientes y los conocidos; pero como no le hallaron, volvieron a Jerusalén buscándole. Y aconteció que tres días después le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles. Y todos los que le oían, se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas. Cuando le vieron, se sorprendieron; y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia. Entonces él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?”

Lucas 2:43 al 49

Lucas fue el autor del evangelio que lleva su nombre y de los Hechos de los Apóstoles. Sabemos que era médico y el único gentil que escribió una parte sumamente importante

del Nuevo Testamento. Curiosamente, sus dos libros fueron dirigidos a la misma persona, llamada Teófilo (**Lucas 1:3; Hechos 1:1**). Nadie sabe exactamente quién fue Teófilo, pero es interesante notar que su nombre es de origen griego, derivado de dos palabras: “*theos*”, que significa “Dios”, y “*philos*”, que significa “amigo” o “amante”. Así, Teófilo puede traducirse como “amigo de Dios” o “amado por Dios”.

Es como si, a través del nombre Teófilo, Lucas invitara a todos los lectores a reflexionar sobre su propia relación con Dios. Sus relatos, tan detallados y ricos, parecen estar dirigidos exclusivamente a los “amigos de Dios” o a los “amados por Dios”.

Ruego a Dios que los lectores de este libro también puedan tomar conciencia de que este será el fundamento de mi concepto de franquicia. No he pretendido ser novedoso ni utilizar un enfoque antibíblico; solo espero que comprendan el amor y el respeto que siento por el Señor y por su glorioso Reino.

El relato de Jesús extraviado en Jerusalén cuando tenía apenas doce años es mencionado únicamente por Lucas, y es hermoso que lo haya incluido, pues esta historia no había pasado desapercibida para algunas personas. Recordemos que Lucas afirma haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen antes de escribir su evangelio (**Lucas 1:3**), lo que indica que había personas que conocían en detalle esta hermosa historia, y Lucas los indagó al respecto.

Lucas escribió que los padres de Jesús iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua, y que, cuando esto ocurrió, Jesús tenía doce años (**Lucas 2:42**). Sin embargo, no cometió una travesura, como algunos enseñan. Los hijos varones israelitas se iniciaban en los ritos judaicos a la edad de trece años, por lo que no era común que un niño de doce años estuviera sentado en medio de los doctores de la ley, escuchándolos y haciéndoles preguntas.

Eso, bajo ningún punto de vista, fue una travesura infantil, ya que todos los que lo oían se maravillaban de su inteligencia, no solo por sus preguntas, sino también por sus respuestas (**Lucas 2:47**). Quizá Jesús actuó impulsado por el deseo de conocer con mayor profundidad los designios del Reino, considerando la misión que el Padre ya había puesto en su corazón.

Jesús nunca pecó; por lo tanto, el haberse separado de sus padres no fue un pecado, sino que estaba obedeciendo un testimonio interno de que su origen y linaje no provenían de este mundo. El Cristo preexistente había expresado Su autoridad desde antes de la fundación del mundo; ahora, provisto de carne, actuaba conforme a la realidad asignada para la redención de todas las cosas.

Tal vez no tuvo en cuenta la preocupación que causaría a José y a su madre María, o tal vez lo sabía muy bien, pero Él tenía que obedecer los movimientos determinados por el Padre celestial. Cuando lo encontraron, les hizo dos

preguntas: “¿*Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?*” (Lucas 2:49).

Jesús tenía doce años, y sus padres lo buscaron con angustia durante tres días (Lucas 2:46). ¿No es extraño que Él les preguntara el motivo de la búsqueda? Cualquier padre o madre podría haber respondido: ¿Cómo que por qué? ¡Que sea la última vez que haces algo así, porque tu castigo será muy duro! Sin embargo, ellos no dijeron nada, pues, en realidad, no comprendían del todo las acciones de Jesús. Su madre, en cambio, guardaba todas estas cosas en su corazón (Lucas 2:51), porque sabía muy bien quién era en realidad su hijo.

Pero ¿qué quiso decir Jesús al mencionar los negocios del Padre? La palabra original que utilizó no figura en la concordancia Strong, y algunas versiones de la Biblia, en lugar de “negocios”, traducen la palabra como “casa”. De todas formas, si analizamos el origen de nuestro idioma, el término “negocio” proviene del latín “*negotium*”, una palabra formada por “*nec*” y “*otium*”, que significa: “lo que no es ocio”. Negocio se refiere a la ocupación, al trabajo realizado con fines lucrativos.

Nada de esto resulta inapropiado para describir la obra de Jesús, pues ciertamente tenía encomendada una tarea absolutamente tremenda, y esperaba obtener una verdadera ganancia con ella. No solo porque recibiría un nombre que es sobre todo nombre y toda potestad en el cielo y en la tierra (Filipenses 2:9 y 10), sino porque ya poseía una gloria

absoluta (**Juan 17:5**). Pero, fundamentalmente, porque con su obra aseguraría la gran cosecha de almas que se ha levantado desde su resurrección y hasta el fin de la dispensación de la gracia.

Por supuesto, algunos pretenden exculpar a Jesús argumentando que Él no procuraba negociar nada, como si el deseo de obtener buenos resultados fuera algo negativo. Sin embargo, el negocio implica trabajo, y Jesucristo, sin duda, fue el siervo del Padre como ningún otro en la historia de la humanidad. Además, como hombre, también se hizo siervo de los hombres, humillándose hasta la muerte (**Filipenses 2:8**). Luego, quedó en claro que su objetivo nunca fue perder, sino terminar ganando (**Filipenses 2:9**).

Cuando Jesús mencionó su compromiso, dijo que le era necesario estar involucrado. Creo que esto es impactante, porque la frase: *“me es necesario estar”* nos habla de algo obligatorio, de un deber ineludible. Quienes tenemos un llamado ministerial, sabemos muy bien lo que significa considerar una obligación, el estar involucrados en los negocios del Padre.

Deseo ser claro al respecto: obedecer un llamado divino es absolutamente extraordinario; es un privilegio inigualable. Cualquier hombre puede trabajar para la empresa más importante del mundo, pero nada puede igualar el hecho de trabajar para el Reino de Dios. Además, si hay alguien que tuvo que realizar la tarea más difícil de todas fue Jesús, nosotros podemos disfrutar de lo que hacemos.

Sin embargo, más allá de ese inigualable privilegio, está la ineludible responsabilidad del llamado divino. Es decir, cuando el Soberano determina algo, esto simplemente se cumplirá. Cuando Él nos llama a una tarea ministerial, también pone en nosotros una carga por ese llamado, y eso es algo que no podemos evitar. Es cierto que cualquiera puede decidir desobedecer el llamado, ignorarlo o evadirlo, pero quien lo haga, no podrá evitar que en su corazón arda por siempre la voluntad de Dios.

Esto puede llegar a ser muy perturbador, porque no se le puede decir “no” al Soberano. Intentarlo es absurdo, pues quien lo hace solo está viendo la oportunidad desde una perspectiva natural. Servir a Dios es absolutamente inigualable y no tiene que ver con problemas o limitaciones institucionales o humanas. Si tan solo pudiéramos verlo espiritualmente, nos daríamos cuenta de la gloria que implica ser llamado por Dios para una tarea.

Por otro lado, si alguien tiene un llamado divino y lo desobedece, no será obligado a aceptarlo, pero puedo asegurar que, por siempre, sentirá una gran frustración. Nada de lo que haga en su vida le dará verdadera plenitud, porque esta solo se obtiene en Cristo, viviendo en Él, y reconociendo Su señorío en todo tiempo.

Cuando Jesús preguntó a sus padres: “*¿No sabíais...?*”, es como si hiciera esa misma pregunta a todo cristiano. ¿Acaso hay algún hermano que no sepa que servir al Padre es necesario? El apóstol Pablo escribió: “*Porque*

somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2:10). La gran pregunta sería: ¿Estamos andando en las obras preparadas por el Padre?

Personalmente, no dudaría del amor ni del sano temor que todo cristiano debería sentir por el Padre, porque no soy quién para juzgar eso. Sin embargo, como ministro, me pregunto: ¿Por qué es tan difícil encontrar obreros responsables y verdaderamente comprometidos con el Reino? De hecho, Jesús dijo a sus discípulos: *“A la verdad, la mies es mucha, más los obreros pocos” (Mateo 9:37).* En tal caso la pregunta sería: ¿Por qué ocurre esto?

La Biblia hace referencia a dos tipos de negocios: los que son del Padre y los que son de la vida. Jesús contó una historia en la que describió el Reino de los cielos como un rey que hizo una fiesta de bodas para su hijo. Enviando a sus siervos, llamó a los convidados a la boda, pero estos no quisieron ir, excusándose por diferentes motivos, entre ellos, sus propios negocios (**Mateo 22:5**).

Por su parte, el apóstol Pablo escribió: *“Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado” (2 Timoteo 2:4).* Es evidente que los afanes de este siglo, el engaño de las riquezas y la codicia de otras cosas entran y ahogan la Palabra, volviéndola infructuosa (**Marcos 4:19**). Del mismo

modo, también ahogan la clara exhortación del Padre a involucrarnos en su Reino.

Los negocios del Padre son la expansión de su Reino. Por lo tanto, la expresión humana de su voluntad es lo más trascendente que podemos hacer en la Tierra. Invertir nuestras vidas en los negocios del Padre es una decisión sabia, porque las recompensas prometidas por Él son eternas. Es decir, al igual que Jesús, podemos considerar que los negocios del Padre implican trabajo, pero también ganancias.

Ahora bien, estos negocios no permiten la intromisión de nuestra creatividad humana, sino la sujeción a los diseños del Padre. El Reino no obedece a la independencia de la voluntad humana, sino a la sujeción y dependencia de los propósitos de Dios. De hecho, la independencia humana solo puede reflejar los resultados que demostró Adán.

Adán y Eva fueron creados con la esencia de la tierra, porque era lo que debían gobernar, y con la esencia de Dios, porque era Él quien debía gobernarlo todo. Sin embargo, actuar fuera de la voluntad de Dios solo produjo una catastrófica independencia humana, que bien podríamos denominar “los negocios del hombre”.

Adán comenzó su trabajo en un lugar de abundancia. El Edén representaba un territorio de absoluta riqueza, pero luego de comer la fruta prohibida y decidir hacer las cosas a su manera, el hombre lo perdió todo. Terminó en el campo, trabajando arduamente y produciendo solo espinos y cardos.

En el caso de Jesús, esto fue revertido, porque Él vino a recuperar los negocios del Padre. Si lo observamos con atención, veremos que Jesús comenzó su ministerio terrenal en el desierto, donde también estaba la misma serpiente que al principio. Sin embargo, después de Su gestión y Su fidelidad, terminó recibiendo toda potestad, toda gloria y toda honra. Además, en Su segunda venida, recuperará por completo la sujeción de todo el planeta.

Es evidente que los negocios de los hombres pueden comenzar muy bien, pero inevitablemente terminarán en el polvo. En cambio, los negocios del Padre pueden empezar en el polvo, pero siempre culminan en recuperación y ganancia total. Con esto quiero decir que el llamado a participar en los negocios del Padre es lo más maravilloso que nos puede suceder en la vida, pues sus ganancias son eternas.

“Hagan lo que hagan, trabajen de buena gana, como para el Señor y no como para nadie en este mundo, conscientes de que el Señor los recompensará con la herencia. Ustedes sirven a Cristo el Señor”.

Colosenses 3:23-24 (NVI)

Algunos pueden preguntarse: ¿A qué me refiero cuando comparo el sistema del Reino con una franquicia? Según la definición técnica, una franquicia es una relación entre dos partes en la cual, mediante el pago de un monto por parte del franquiciado, la contraparte le cede el derecho de uso de su marca. A través de esta cesión, el franquiciado no solo se beneficia con la explotación de la marca, sino que

también debe seguir su modelo de negocio y operar bajo los parámetros establecidos por el franquiciador, a cambio de un acuerdo determinado.

A primera vista, esto parecería no describir al Reino de Dios, pero en ciertos aspectos sí lo hace. El Reino tiene su propio diseño. No fue creado por ningún hombre, sino por el mismo Señor. Su diseño es único, especial e inmutable. Es un modelo exitoso y divino.

Por otra parte, el diseño del Reino es innegociable. Dios está interesado en la expansión de Su Reino y lo comparte con quienes somos alcanzados por Su gracia. Esto parecería contradecir el principio de costos que implica una franquicia, pero no debemos engañarnos: la gracia no tiene costo para nosotros, pero ciertamente tuvo un costo enorme para Jesucristo. Él no solo representó al Padre, sino que también nos representó a nosotros. Para hacerlo, tuvo que dejar Su gloria, tomar un cuerpo de carne, aprender obediencia (**Hebreos 5:8**), y servir con total sumisión hasta la muerte, y muerte de cruz (**Filipenses 2:8**).

La ganancia de Dios es absoluta: todo terminará bajo Su dominio. En Su segunda venida, toda la tierra será llena de la gloria de Dios (**Habacuc 2:14**), y toda rodilla se doblará ante Su majestad (**Romanos 14:11**). Además, todos los que hemos recibido la gracia de participar en el Reino a través de la persona de Cristo obtenemos incontables ganancias eternas.

Los negocios del Padre son el Reino, y nosotros accedemos a ellos mediante Cristo, porque en Él vivimos, nos movemos y existimos (**Hechos 17:28**). Con ese acceso adquirimos derechos, pero también responsabilidades.

Los derechos no solo nos benefician a nosotros, sino también a nuestra familia y a nuestro entorno. Sin embargo, las responsabilidades son fundamentales, pues el Reino tiene su propio diseño y no podemos cambiar nada de lo que Dios ha establecido. Ese fue el gran ejemplo de Jesús. Él dijo que estaba en los negocios del Padre y no en los suyos. No hizo lo que deseaba, sino lo que el Padre quería que hiciera. No habló lo que se le ocurría, sino lo que el Padre le mandó decir (**Juan 5:19**).

“Porque yo no he bajado del cielo para hacer mi propia voluntad, sino para hacer la voluntad de mi Padre, que me ha enviado. Y la voluntad del que me ha enviado es que yo no pierda a ninguno de los que me ha dado, sino que los resucite en el día último”.

Juan 6:38 al 40 DHH

Nosotros debemos comprender que no tenemos un contrato comercial con Dios, ni hemos hecho un pacto con Él, como algunos enseñan. El Nuevo Pacto es un pacto entre el Padre y el Hijo, lo que lo hace infalible. Por gracia, hemos recibido la vida del Hijo y hemos sido introducidos en Él mediante los bautismos espirituales: en Su dinastía (**Mateo 28:19**), en Su Espíritu (**Mateo 3:11**), y en Su cuerpo (**1 Corintios 12:13**).

Al vivir en Él y ser uno con Él (**1 Corintios 6:17**), participamos de este Pacto, que nos otorga tanto derechos como responsabilidades. Ahora somos parte de un diseño glorioso, involucrados en los negocios del Padre, lo que nos permite obtener grandes beneficios. Sin embargo, debemos entender que ya nada puede ser a nuestra manera, sino a la suya. ¡Esa es la esencia del Nuevo Pacto!

Lamentablemente, en la Iglesia actual circula un mensaje erróneo que enseña que podemos involucrar a Dios en nuestros propios negocios. Pero esto no es así. Dios no está interesado en invertir en nuestros planes. Por el contrario, toda la inversión realizada por Jesucristo fue exclusivamente para los negocios del Padre. Nuestra entrega total, incluyendo lo que somos y tenemos, solo responde a una gran inversión divina: Su propósito eterno, no nuestros deseos personales.

“Muchos planes hay en el corazón del hombre, pero solo el propósito del Señor se cumplirá”.

Proverbios 19:21 (RVA)

Lo que sí podemos asegurar es que, si nos involucramos en los negocios del Padre y respetamos sus diseños, podremos llevar todos los beneficios del Reino a nuestro matrimonio, nuestros hijos, nuestro trabajo, nuestras finanzas y nuestro entorno en general. Sin embargo, esto nunca debe ser a nuestra manera, sino a la suya.

Noé pudo salvar a su familia y a todas las especies animales, pero no edificó un avión para hacerlo. Dios le indicó que Su diseño consistía en la construcción de un arca, y no cualquier arca, sino aquella que tuviera la forma, las medidas y la infraestructura establecidas por Él. Los diseños de Dios siempre funcionan, por lo que no tenemos derecho a modificarlos. Tampoco podemos pretender que Dios respalde nuestras propias ideas en lugar de aceptar las suyas.

El sistema del Reino en la tierra, es como una franquicia porque es exitoso y funciona, pero no admite modificaciones. La etimología de la palabra “franquicia” proviene del verbo francés “*franchir*”, que significa “liberar”, y a su vez de “franc”, que significa “libre”. En su origen, el término “le frac” indicaba la autorización obtenida a través de la Corona francesa, la cual otorgaba ciertas libertades para negociar.

Nosotros somos grandes beneficiarios del Reino porque el Señor nos ha hecho libres para vivir en Él. Además, no hemos pagado dinero para ingresar en los negocios del Padre; Cristo pagó el precio en nuestro lugar, y no fue con dinero, sino con Su propia sangre. El Reino no se rige por ganancias financieras, porque su moneda legal es la fe, no el dinero. No obstante, sus ganancias son extraordinarias y eternas.

Sus recompensas están garantizadas, por lo que Pablo nos enseñó que somos más que vencedores (**Romanos 8:37**). Sin importar las adversidades que enfrentemos, en el Reino

ninguna inversión se pierde, sino que se multiplica exponencialmente.

Por esto, lo mejor que nos puede suceder en la vida es recibir, por la gracia del Señor, la invitación a participar de Sus eternos intereses.

“¡Vengan a las aguas todos los que tengan sed! ¡Vengan a comprar y a comer los que no tengan dinero! Vengan, compren vino y leche sin pago alguno. ¿Por qué gastan dinero en lo que no es pan, y su salario en lo que no satisface? Escúchenme bien, y comerán lo que es bueno, y se deleitarán con manjares deliciosos. Presten atención y vengan a mí, escúchenme y vivirán. Haré con ustedes un pacto eterno...”

Isaías 55:1 al 3 NVI



Capítulo dos

LA FRANQUICIA DEMANDA LUZ

Así nos lo ha mandado el Señor:

“Te he puesto por luz para las naciones, a fin de que lleves mi salvación hasta los confines de la tierra“.

Hechos 13:47

Como hemos visto, el uso de una franquicia demanda formas específicas. En el caso de esta imaginaria franquicia del Reino, podemos decir que solo opera en la Luz, mientras que la franquicia de las tinieblas requiere oscuridad, porque el enemigo y sus secuaces solo tienen capacidad operatoria en ámbitos oscuros. En la manifestación del Reino de Dios en la tierra, la luz es indispensable, porque en ella hay visión, expansión y libertad para los seres humanos.

En el primer día de la creación, Dios dijo: **“Sea la luz, y fue la luz” (Génesis 1:3)**, separándola de las tinieblas. La frase **“Sea la luz”**, según diversas traducciones, es literalmente una orden bajo absoluta autoridad, algo así como: “¡Luz, existe!” Y la luz simplemente existió. Dios

habló al vacío, habló a la nada y ordenó su existencia, aunque lo que lanzó a esa existencia ya era parte de Su esencia.

Dios creó los cielos, la tierra y todo lo que existe, simplemente ordenando que fueran. Su personalidad, Su poder, Su creatividad y Su hermosura se expresaron en la creación, de la misma manera que la personalidad de un artista y sus atributos personales se reflejan en su arte. Dios determinó que en Sus diseños la luz ocupara un rol fundamental, y así será por la eternidad. Es decir, en Su franquicia, las luminarias no se negocian.

La realidad del poder creativo de la voz de Dios tiene importantes implicaciones espirituales que van mucho más allá del relato mismo de la creación, porque Dios no solo tiene luz, sino que Él es la Luz (**1 Juan 1:5**). Esto es trascendental, porque implica que Dios desea impartirse a Su creación a través de la Luz, pues esa es parte de Su esencia.

Esto da propósito y magnifica la creación, porque una luz proyectada necesita algo sobre lo cual manifestarse para poder ser apreciada. Es decir, si salimos al exterior con una linterna sumamente potente y la dirigimos hacia el cielo, su luz simplemente se perderá en el espacio sin ser percibida. Pero si la proyectamos contra una montaña, su verdadero poder se hará visible. Del mismo modo, Dios desea que Su Iglesia sea el diseño sobre el cual Él proyecte Su luz a las naciones.

“Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.”

Mateo 5:16

Cuando Él dijo: ***“Hágase la luz”***, la luz fue hecha. Pero si Dios es luz, podemos afirmar sin equivocarnos que la luz es preexistente. Lo que Dios hizo fue permitir que Su esencia se reflejara sobre la tierra. Esto es fundamental, porque lo mismo ocurre con nosotros. El Señor dice que todos los que estamos en Cristo somos la luz del mundo (**Mateo 5:14**). Pero antes de que Su esencia estuviera en nosotros, no éramos luz de nada; por el contrario, éramos y estábamos en tinieblas.

El hecho de que Dios sea luz, establece un contraste natural con la oscuridad. Si la luz representa la justicia y la bondad, entonces la oscuridad simboliza el mal y el pecado. Cuando las personas se preguntan: ¿Por qué tanta maldad en el mundo, o por qué pasan las cosas malas? La respuesta sería: Por la ausencia de luz verdadera. Dios es luz, y por supuesto, también lo es Jesús, quien dijo:

“Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.”

Juan 8:12

Aquí, el término “andará” implica caminar, avanzar. Por lo tanto, podemos comprender que todos los que somos discípulos de Jesús no debemos andar en caminos de

oscuridad, porque en la oscuridad no funcionan los negocios del Padre.

Por otro lado, los hijos de la Luz debemos entender que, en un mundo inmerso en tinieblas, la luz es un bien sumamente valioso. Tener luz cuando todos andan en oscuridad es un gran privilegio. No podemos cruzarnos de brazos y ver a otros seguir en las tinieblas del pecado, sabiendo que quienes permanecen en la oscuridad están destinados a la separación eterna de Dios. La luz del mundo desea disipar la oscuridad y derramar Su sabiduría en todo lugar (**Juan 1:9 al 13**).

Como hijos de la Luz, debemos brillar en este mundo oscurecido por el pecado. Nuestro objetivo al testificar a los inconversos es *“abrir sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios”* (**Hechos 26:18**). La oscuridad hace que los hombres anhelan la luz; así ocurre en el ámbito natural y también en el espiritual.

Las personas en oscuridad se sienten perdidas y sin rumbo, por lo que ni siquiera saben con qué tropiezan (**Proverbios 4:19**). Incluso muchos llegan a acostumbrarse tanto a la oscuridad que no desean salir de ella; encuentran deleite en lo oculto y rechazan todo lo relacionado con la luz de Dios (**Juan 3:19**). Sin embargo, siempre habrá quienes busquen la luz, porque Dios mismo imparte Su vida para que se manifieste ese deseo y esa posibilidad (**Juan 1:4**).

***“Porque contigo está el manantial de la vida;
En tu luz veremos la luz.”***

Salmo 36:9

La Creación no funciona sin su Creador. No es un campo de recreo para ilusos, ni una mina de diamantes para el vanidoso, ni un pozo de petróleo para los rebeldes. La Creación es la revelación de Dios Todopoderoso y está irritada, gime por ser liberada de las manos torcidas de aquellos que viven en tinieblas y están ciegos de la gloria de Dios. Toda la creación espera nuestra manifestación como hijos de la Luz, para que, al expandir la esencia divina, hagamos retroceder las tinieblas. Este es el mejor negocio que un ser humano puede emprender en esta tierra.

Aquel que abrió literalmente los ojos de los ciegos es el mismo que nos sacó de las tinieblas espirituales. Por muy profundas que hayan sido esas tinieblas, la revelación de la verdad y Su eterno amor nos han librado del reino de la oscuridad y nos han trasladado al Reino de la Luz (**Colosenses 1:13**). Desde entonces y hasta Su venida, somos portadores de Su Luz. La Iglesia, por más de dos mil años, ha sido la encargada de anunciar las buenas nuevas del Reino, tal como el profeta Malaquías lo había declarado:

“Más a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada.”

Malaquías 4:2

Desde que Jesús comprendió la necesidad de estar involucrado en los negocios del Padre y hasta nuestros días, la Luz ha sufrido violencia, y seguramente la seguirá sufriendo, porque Satanás, como príncipe de las tinieblas, pretende cambiar su destino y entronar su maldad sobre toda la creación. Sin embargo, sabemos que no podrá lograrlo definitivamente, porque su negocio terminará en bancarrota.

Hoy en día, muchos están engañados y creen que las tinieblas son un buen negocio para alcanzar el éxito, pero nada más erróneo que eso. Quienes se adhieren a su franquicia están obligados a respetar sus maldades a cambio de beneficios temporales. Lo que no saben es que la pérdida es cuantiosa y eterna, porque el negocio de Satanás no es más que un gran engaño para el mundo.

El mundo sigue moviéndose al compás del consumismo, de la ley del más fuerte, del egoísmo descarado, de perversas ideologías y de una conciencia individualista y relativa, avasalladora en todos los aspectos. La corrupción, la violencia familiar y la inseguridad social, han dado un salto descomunal en las últimas décadas.

Por ahora, la noche parece interminable. Muchos se preguntan: ¿Será que nunca va a amanecer? Nuestros ojos de carne no pueden verlo; escudriñan la oscuridad buscando un punto de esperanza y no lo encuentran, porque todo se está degradando aceleradamente. Sin embargo, tenemos esperanza, porque los hijos de la Luz portamos una franquicia que no puede fallar. Pronto quedará claro que el mejor

negocio sobre la tierra es el Reino de la Luz y no el de las tinieblas, y que el Sol de Justicia vendrá para restaurar el orden de todas las cosas.

“Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas.

Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios...”

1 Tesalonicenses 5:5-6

Los cristianos conocemos esta esperanza, y sabemos que vendrá el Sol de Justicia y el mundo entero volverá a resplandecer. Pero aún falta, y por eso luchamos, para que el sueño no nos venza y estemos preparados para la llegada del día del Señor. Hoy por hoy, somos nosotros los que debemos alumbrar en medio de tanta oscuridad, y eso nos otorga una gran responsabilidad. Las tinieblas no pueden prevalecer contra la luz, y esa es nuestra ventaja, pero es clave que podamos revestirnos cada día con las armas de la luz, y permanecer en los ámbitos del Reino.

Leamos atentamente lo que escribió el apóstol Pablo a los hermanos de Éfeso, según la versión Palabra de Dios para Todos:

“Ahora les pido, de parte del Señor Jesús, que ya no vivan como los que no conocen a Dios, pues ellos viven de acuerdo con sus tontas ideas. Son gente ignorante y terca, que no entiende nada, y por eso no disfruta de la vida que Dios da. Han perdido la vergüenza, se han entregado

***totalmente a los vicios y hacen toda clase de indecencias.
¡Pero esto no es lo que ustedes aprendieron acerca de
Cristo! Porque ustedes oyeron el mensaje acerca de él y
saben vivir como él manda, siguiendo la verdad que él
enseñó. Por eso, ya no vivan ni se conduzcan como antes,
cuando los malos deseos dirigían su manera de vivir.”***
Efesios 4:17 al 22 (PDT)

Increíblemente, las palabras del apóstol Pablo parecen tan actuales que cualquiera podría pensar que fueron escritas por un autor contemporáneo, y no por un hombre encarcelado hace casi dos mil años. Pero eso no es todo: no solo describe magistralmente la actitud de quienes viven sin Dios, sino que también traza lineamientos de conducta para nosotros, afirmando que la pretensión de vivir el Reino implica determinadas actitudes.

La verdadera vida cristiana es aquella que hace fructificar la Palabra de Dios, manifestando el fruto que se produce por una plena comunión con el Espíritu Santo. A partir de la gracia recibida en Cristo, tenemos una vida nueva, una mente nueva, un corazón nuevo, un carácter nuevo y un espíritu nuevo. Esta franquicia nos otorga todas las herramientas para volvernos productivos. Simplemente, no podemos fallar. Tenemos todo lo que necesitamos para alumbrar.

***“Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz
en el Señor; andad como hijos de luz”***
Efesios 5:8

Algunos cristianos se engañan a sí mismos, pensando que están andando en la Luz solo por asistir a las reuniones de la iglesia, tener una Biblia en casa o haberse bautizado alguna vez. Sin embargo, ninguna de estas cosas por sí solas, garantiza que estemos ocupándonos de los negocios del Padre. Lo único que verdaderamente demuestra que andamos en la Luz es la clase de vida que vivimos a diario, la cual debe ser completamente diferente de la que llevan quienes aún andan en oscuridad.

Aclaro esto como pastor, porque veo a muchas personas que llegan a la iglesia, se bautizan, y al poco tiempo, continúan viviendo como antes. En lugar de renunciar a la vida mundana que llevaban, simplemente la maquillan con versículos bíblicos y con emociones que dicen tener, pero la falta de responsabilidad y compromiso, evidencian lo que realmente hay en sus corazones. A esto lo llamo cambios cosméticos, y nada más. Es como adquirir una franquicia exitosa, cambiar los carteles, las luminarias y los colores, pero seguir ofreciendo los mismos productos rancios.

Hoy en día, hay una corriente muy fuerte dentro de la iglesia, de personas que dicen ser cristianos independientes. Afirman creer, escuchan alabanzas y seleccionan mensajes en YouTube, pero no participan en las actividades de una congregación, ni se sujetan a ninguna autoridad espiritual. Esto es muy peligroso y, lamentablemente, cada vez más común. Reitero: la franquicia del Reino no funciona sin respetar sus diseños, y estos demandan el reconocimiento de las autoridades espirituales.

Quienes actúan de esta manera no pueden ser Luz, porque son como faros que portan la esencia de la Luz, pero solo conducen a la gente a puertos inseguros y costas peligrosas. Hablan del Señor y se consideran creyentes, pero no son discípulos; no conducen a las personas al Cuerpo de Cristo, sino que solo les brindan la oportunidad de creer, sin guiarlas hacia la plenitud de la vida del Reino.

Estos hermanos son creyentes, pero no pueden vivir el Reino, porque no viven bajo el gobierno del Señor. Creen en Él, pero no le creen a Él, porque si lo hicieran, obedecerían. Congregarnos y ser miembros activos del Cuerpo de Cristo no es un capricho de los pastores, sino el diseño del Dios Soberano. No se puede estar bien con Dios sin estar en plena comunión con Su cuerpo.

Por otro lado, muchos cristianos hoy en día hablan menos que nunca sobre el Reino de Dios. Parece que no quieren confrontar ni ofender a nadie. Sin embargo, el Señor nos mandó a predicar con claridad:

“Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.”

Marcos 16:15 y 16

Abordar la situación de las personas desde una iglesia que solo busca ser un lugar con “buena gente” es como repartir morfina a alguien con cáncer terminal: solo alivia el dolor temporalmente, pero no sana la enfermedad. Seguir

actuando así, solo logrará condenar a muchos al infierno, aunque tal vez vivan con menos dolor en esta vida. Eso es exactamente lo que hacemos cuando priorizamos agrandar a la gente en lugar de predicarles el verdadero evangelio del Reino. Si queremos ser efectivos en los negocios del Padre, no podemos diluir la verdad, porque una verdad a medias no alumbra, y en el Reino, sin luz, no hay franquicia.

Jesús no vino al mundo para aliviar síntomas, sino para curar la enfermedad del pecado y salvar a la humanidad de la condenación eterna. Su negocio más extraordinario no fue multiplicar el pan para alimentar a la multitud, sino iluminar al mundo para sacarlo de las tinieblas. Si su propósito hubiera sido solo dar pan y peces, habría abierto una panadería o una pesquera con Pedro. Pero Él entendió correctamente los negocios del Padre y sabía que no podía detenerse en simples franquicias terrenales.

En otras palabras, la primera acción de los hijos de la Luz es iluminar con el poder del evangelio. Luego, por supuesto, seremos buena gente: cumplidores, responsables, respetuosos, humildes, bondadosos, etc. Sin embargo, aquellos que solo quieren vivir a Cristo, pero sin predicarlo, están en una posición cómoda, pero incompleta a los ojos del Señor. Debemos vivir, predicar y caminar conforme a Sus diseños. La franquicia del Reino implica trabajo y responsabilidad; de lo contrario, no puede funcionar.

Hay hermanos que se muestran demasiado complacientes y apacibles con los demás. Muchos dicen

actuar así porque no quieren parecer “religiosos”. Sin embargo, nuestro deber como cristianos también es reprender las obras de las tinieblas:

“Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas.”

Efesios 5:11

No deberíamos aceptar, compartir ni celebrar el pecado en ninguna de sus formas. Es lógico que algunos se ofendan, pero eso no debería preocuparnos, porque esa es precisamente la evidencia de la Luz.

“Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas.”

Juan 3:20

Además, no deberíamos conversar con ninguna persona inconversa sin decirle que su vida corre peligro de muerte eterna. Hay quienes cometen el error de mostrarse demasiado amables, pensando que pueden ganarlos solo por medio de buenas actitudes, y no se atreven a exponer o mencionar el peligro del pecado en sus vidas, ni el plan de salvación. Esto es un error. Incluso hay hermanos que prefieren no hablar para no caer mal a nadie, pero esto no es más que avergonzarse del evangelio.

“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree...”

Romanos 1:16

Lo que debemos hacer es permitir que el Señor ponga en nuestra boca palabras de vida eterna. Hablar del Reino es una gracia otorgada por el Señor. Si estamos en plena comunión con Él, Su Espíritu pondrá palabras de vida en nuestra boca y seremos efectivos (**Mateo 10:19 y 20**). Ahora bien, si después de hablar con estas personas no demuestran interés en Cristo, no es nuestra tarea convencerlos. En el Reino, no hace falta imponer el producto; la franquicia no necesita de artimañas publicitarias, sino de vida. Luego, será Dios quien sabrá a quién atraerá a Su gracia.

Vemos también que Pablo, en todas sus cartas, abordó el problema del hombre desde lo espiritual y no desde las necesidades humanas. Al solucionar lo primero, lo segundo también se sanará con el tiempo. La especialidad de la iglesia es atender los problemas espirituales de las personas, no los psicológicos ni los carnales. Esto no significa que no debemos orar por alguien que esté afligido, turbado o enfermo. Es lógico que debemos hacerlo, pero debemos tener claro que ese no es nuestro principal objetivo.

En la franquicia del Reino, debemos centrarnos en la necesidad primaria de las personas, que es la ausencia de Dios en sus vidas. Todo lo demás se acomoda a través de eso, y conforme al obrar del Espíritu Santo de Dios, pero no es nuestra asignación primaria resolver todos los problemas de la gente, ni cambiar sus vidas corrigiendo comportamientos externos.

Jesús liberó a personas endemoniadas y sanó a muchos enfermos. Incluso alimentó a quienes tenían hambre, produjo vino para una fiesta o hizo posible una buena pesca para los trabajadores. Pero Su principal objetivo no era solucionar problemas momentáneos, sino eternos. Los milagros fueron la manifestación del gran amor que Dios nos tiene, y son evidencia del Reino, pero tienen fecha de vencimiento. Nosotros no cambiaremos el mundo haciendo milagros, sino viviendo bajo el gobierno de Dios.

La franquicia de los ocultistas, brujos, hechiceros y manipuladores pueden imitar milagros, pero nunca podrán imitar la humildad, la obediencia, el amor y la luz que propone el gran negocio del Reino. Los milagros son hermosos y pueden funcionar como portales extraordinarios para ingresar a la vida del Reino, pero siempre serán un medio, nunca el objetivo final.

Jesús sanó a muchas personas, pero al final, todos enfermaron y murieron. Incluso resucitó a Lázaro, pero él no anda por ahí mostrando su anciano cuerpo. Todo milagro tiene fecha de vencimiento, pero el Reino ofrece un producto eterno. Todo lo demás es como la entrada al plato principal. La gente se conmovió cuando comió el pan multiplicado, pero Jesús les dijo que Él era el pan de vida. En la franquicia del Reino, lo más importante siempre será Dios, no el bienestar humano.

Alumbrar no es una virtud humana; esto proviene del Espíritu de Dios y solo es posible si andamos en comunión

con Él, si permanecemos en Él. No podemos, o mejor dicho, no deberíamos, tratar de convencer a las personas de que vivan de una determinada manera para agradar a Dios; más bien, debemos llevarlas a la verdad para que puedan lograr todo cambio a partir de una vida nueva, y no a través de prácticas religiosas o justicias personales.

Debemos vivir en obediencia a Dios, y de esta forma seremos luz. Vivir en Dios significa que estamos en comunión con Él, y esto, en otras palabras, es conocer Su voluntad y proceder según lo que Él determine para nuestras vidas. ¡Predicar! Debemos predicar el evangelio del Reino, dependiendo de la unción que nos ha sido dada, para que la Palabra impartida sea portadora de vida, porque la vida de Cristo es la Luz de los hombres (**Juan 1:4**).

“Para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo.”

Filipenses 2:15

Un día, no será nuestra luz, sino Su resplandor el que se verá de un extremo de la tierra a otro (**2 Tesalonicenses 2:8**). Pero hasta la llegada de ese glorioso día, nosotros, como Su cuerpo, debemos brillar y gobernar con justicia todo lo que el Señor nos asigne en mayordomía.

La franquicia del Reino no implica gobernar todo ni tomar autoridad como derecho adquirido. Reino es estar en

la perfecta voluntad de Dios, haciendo lo que Él quiere y en el momento que Él determine.

Solo debemos tomar muy en serio nuestra asignación y velar, tal como lo hacían los sacerdotes del Antiguo Pacto, que no permitían que la lámpara se apagara en ningún momento (**Levítico 24:1 al 4**). Esas lámparas son figura de la iglesia en el libro de Apocalipsis. Incluso Jesús contó la famosa parábola de las diez vírgenes, quienes debían mantener encendidas sus lámparas (**Mateo 25:1 al 13**).

No podemos alumbrar sin pagar un precio. Toda luz tiene una fuente de energía. El destacado evangelista pentecostal y ministro cristiano británico Leonard Ravenhill dijo: *“El costo de alumbrar es quemarse...”* Y ciertamente, Dios necesita hombres y mujeres en la tierra capaces de ser consumidos por Él. Entonces, la gente sabrá lo que es la Luz de Su Reino.

Como hijos de la Luz, debemos reconocer la necesidad de que el Espíritu Santo nos envuelva en Su fuego, nos encienda, nos avive, nos haga arder, gemir, clamar y llorar por un mundo que se pierde. Debemos alumbrar ante tanta oscuridad que infecta nuestra sociedad. Debemos ser una iglesia capaz de reconocer los tiempos finales que estamos viviendo.

Alumbrar implica vivir por Su Palabra eterna. No hay otra opción en la franquicia del Reino, no hay posibilidades si procuramos ignorar esta verdad. El que camina entre los

candeleros sabe si atesoramos Su verdad y vivimos por ella. Él está atento a los que temen Su nombre y nos anima a ser luz en medio de tanta oscuridad. No dejemos de alumbrar, hasta que amanezca el Sol de justicia, y en Su venida manifieste plenamente Su gobierno.

Así nos lo ha mandado el Señor:

“Te he puesto por luz para las naciones, a fin de que lleves mi salvación hasta los confines de la tierra.”

Hechos 13:47



Capítulo tres

LA FRANQUICIA DEMANDA JUSTICIA

“Más buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.”

Mateo 6:33

Sabemos que todo reino tiene un rey, y en nuestro caso, ese Rey es Dios, el Rey de reyes y el Señor de señores (**Apocalipsis 17:14**). Nosotros somos reyes y reinaremos juntamente con Él (**Apocalipsis 5:10**). Hoy podemos decir que ya somos lo que somos, pero llegará el día de nuestra plenitud. El mundo no vive bajo el Reino; el mundo entero está bajo el maligno (**1 Juan 5:19**). La Iglesia, en cambio, vive bajo el gobierno de Dios, aunque entraremos en plenitud cuando llegue lo perfecto. Mientras tanto, y hasta que venga nuestro Rey, debemos vivir en obediencia, despojándonos cada día de nuestra vieja naturaleza.

Si deseamos manifestar la supuesta franquicia del Reino en la tierra, debemos aceptar sus innegociables

demandas. Debemos caminar en luz, como vimos en el capítulo anterior, y también vivir en Su justicia, ya que ambas son parte esencial de su naturaleza. La religión puede eludir algunas de estas demandas, pero el Reino jamás lo hará, porque su esencia misma establece estas condiciones para su manifestación.

En este capítulo, analizaré la trascendencia de la justicia, ya que el Reino y la justicia deben operar en perfecta unidad. De hecho, nuestra vida espiritual sería mucho más efectiva si comprendiéramos cómo funciona el Reino desde la legalidad. No me refiero al legalismo, sino a la perfecta legalidad. El legalismo es la exageración de lo bueno, y por esta razón, quienes lo practican terminan pecando. En cambio, la legalidad y la dependencia de Cristo son fundamentales para llevar una vida agradable al Señor.

Dios es nuestro Padre, pero también es Rey, y no solo Rey, sino también Juez (**Isaías 33:22**). El Hijo es nuestro abogado; el Espíritu Santo es el Paracleto (**Juan 14:16**), término que define a quien se coloca junto a un acusado para su defensa, así como ser el consejero para apoyar al que lo necesita. Además, la Palabra de Dios es la Ley que debe regir nuestras normas de convivencia. Sin duda, el Reino no se mueve a través de emociones, sino en obediencia y funcionalidad. Es decir, en “justicia”.

Ningún gobierno del mundo, por más terrenal y simple que sea, podría funcionar sin un sistema de justicia que lo ordene. Nosotros, además, somos ciudadanos de un Reino

que no es de este mundo; por lo tanto, no solo debemos respetar las leyes de nuestro país terrenal, sino también las de nuestra nación santa, ya que la justicia es absolutamente fundamental en ambas dimensiones.

Podemos ver claramente el fuerte vínculo entre el Reino de Dios y su justicia cuando el **Salmo 97:2** nos dice que la justicia es el cimiento del trono divino de Dios, lo que indica que Su Reino está basado en ella. Por eso, Jesús nos manda a buscar primeramente el Reino de Dios y su justicia (**Mateo 6:33**), y Pablo nos da una clara definición del Reino al incluir la justicia, la paz y el gozo del Espíritu Santo:

“Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”.

Romanos 14:17

La vida en Cristo nos trajo el Reino y la justicia a nuestros corazones, y estar llenos del Espíritu Santo nos permite vivir conforme a Su voluntad. La verdadera comunión con el Padre y una vida de obediencia, es vivir en el Reino. Jesús les dijo a los religiosos de Su época: ***“Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él”*** (**Mateo 21:43**). Esto ocurrió cuando el evangelio de Jesús fue rechazado por Su propio pueblo y ofrecido a los gentiles, pues el objetivo de una vida en el Reino es dar fruto.

El evangelio de Jesús es el Reino: eso fue lo que Él vivió y predicó (**Lucas 9:2**). Asimismo, nos encomendó a

predicar el evangelio del Reino y no otro (**Mateo 24:14**). De hecho, en la mayoría de Sus parábolas, Jesús habló de los misterios del Reino, y uno de esos misterios es nada menos que la justicia según Dios.

Los hombres no renacidos no logran comprender la justicia de Dios. Si analizan su existencia, concluyen que Dios no es justo, porque el mundo está lleno de injusticia. Pero esa es una conclusión elaborada por una mente carnal y bajo la influencia del reino de las tinieblas. La mayoría de las personas cuestionan el porqué de las situaciones de la vida, y llegan a la errónea conclusión de que no hay justicia.

El problema es que la justicia humana se basa en leyes terrenales. Ante Dios, las personas no comprenden su propia maldad. Esto es perceptible para nosotros, ya que, al recibir la gracia, somos iluminados por la luz de Dios; pero sin luz, no hay manera de ver las injusticias del corazón.

La justicia, en términos generales, puede definirse como una posición recta o un comportamiento íntegro, de acuerdo con una norma ética y legal. Cuando pensamos en justicia, solemos asociarla con el ámbito judicial y las leyes, las cuales deben aplicarse a todos por igual, y sin quitarle su derecho a quien tiene una causa justa. Sin embargo, al ver tantas injusticias en el mundo, muchas personas cuestionan a Dios.

Lo que ignoran es que el mundo entero está bajo el maligno, y que nadie, a menos que haya nacido de nuevo

espiritualmente, puede ver o entrar en la vida del Reino (**Juan 3:5 al 8**). Por lo tanto, solo cuestionan lo que ni viven ni entienden. Pero en la venida del Señor, conocerán y temblarán ante el Reino y Su justicia. Esto no lo menciono con jactancia, sino con humildad, porque nosotros veíamos las cosas de la misma manera, y solo es la gracia recibida la que nos permite comprender la verdad.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.”

Mateo 5:6

Justicia ante Dios, es hacer Su voluntad, fuera de eso no hay bien. Hacer lo justo, es cumplir con la perfecta voluntad de Dios. ***“Hacer justicia y juicio es a Jehová Más agradable que sacrificio” (Proverbios 21:3). “Porque Jehová es justo, y ama la justicia; El hombre recto mirará su rostro” (Salmos 11:7).*** Comprender esto es glorioso, pero también debemos tener en claro que no hay forma de vivir en justicia fuera de Cristo, porque Él es nuestra justicia.

“Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”.

Romanos 3:21 al 24

La carta a los hermanos de Roma es el esfuerzo más completo, sistemático y extenso del apóstol Pablo, para plasmar por escrito su comprensión de los designios divinos. Mientras que la carta a los Efesios comienza con un hombre sentado en lugares celestiales, la carta a los Romanos inicia con un hombre caído y culmina con un hombre renovado, funcional al Reino.

Pablo deja en claro que este diseño está completamente estructurado en torno a la gran verdad de que la justificación es solo por la fe en la obra consumada de Cristo, y no en nuestras propias obras. No se puede vivir el Reino a través de la religión ni de las buenas intenciones humanas.

En cuanto a la justicia, Pablo expone desde el inicio la condición del hombre condenado. No es correcto afirmar que la condenación eterna no es una determinación de Dios. Algunos intentan “defender” a Dios atribuyendo la condenación únicamente a la responsabilidad de los pecados del hombre, pero quienes sostienen esto están ignorando la implacable justicia de Dios.

Si pensáramos que el hombre se condena únicamente por su propia elección, ¿qué implicaciones tendría esta interpretación? Si el infierno fuese solo una condición autoimpuesta, como resultado del pecado y la separación de Dios, y no una sentencia judicial impuesta por Dios como castigo por transgredir Su ley, entonces la justificación por la fe, tal como la enseña Pablo, sería innecesaria.

La justificación por la fe es necesaria y maravillosa; es el centro del evangelio del Reino. Atribuirle al hombre la elección entre el cielo y el infierno a través de sus propias obras, pondría la resolución de la justicia en manos humanas. Esto haría que la justificación por gracia, a través de la fe, perdiera su propósito. No habría necesidad de una revelación de la justicia por la fe y para la fe.

Anular o tergiversar la justificación, por ejemplo, enseñando que Dios transforma nuestro carácter, y como resultado nos justifica, en lugar de comprender que Dios nos absuelve en Su tribunal y nos considera justos por la obra de Cristo, sería un grave error. Tal enseñanza llevaría a pensar que el infierno es el resultado de nuestro carácter, y por ende, el cielo también lo sería.

Si bajo esta lógica errónea, el infierno no es una consecuencia de la condenación divina, entonces el cielo tampoco sería el resultado de la justificación de Dios. En su lugar, si la condenación fuese vista simplemente como el deterioro del carácter, la justificación sería interpretada como una mera mejora moral.

Sin embargo, amados hermanos, la justicia no está en manos del hombre ni de sus obras, sino en el Señor, quien es Juez. Un Juez santo que nos ama con tal profundidad que cumplió nuestra condena, haciéndose hombre y tomando nuestro lugar a través de Jesucristo.

“Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá”.

Romanos 1:17

Pablo no dice aquí, que debemos vivir en fe para ser justos, sino que los justos, es decir, los ya justificados, deben vivir por la fe. Y al vivir en obediencia a la voluntad de Dios por la fe, caminamos en justicia. Sin embargo, la justificación se recibe por gracia, para una vida de fe, y no al revés.

Después de establecer en este versículo el tema central de la carta a los Romanos, Pablo continúa en el versículo **18** diciendo: ***“Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres, que con injusticia restringen la verdad”*** (Romanos 1:18). El juicio sobre la humanidad fue consumado, pero la ira de Dios se manifestará contra quienes rechacen la expiación de Jesucristo y se opongan al mensaje de la gracia.

Pablo también explica que los impíos que rechazan la verdad de Dios son entregados a la impureza de sus corazones (Romanos 1:26), y a una mente reprobada (Romanos 1:28). Estas son consecuencias directas del rechazo humano a la justicia de Dios. Por eso es tan trascendente la gracia, porque en realidad, esa es la condición de todos los seres humanos, todos injustos y destituidos de la gloria de Dios (Romanos 3:23).

El énfasis está en que hay consecuencias para aquellos cuyos comportamientos provienen de una naturaleza no

redimida: *“Más sabemos que el juicio de Dios contra los que practican tales cosas es según verdad. ¿Y piensas esto, oh hombre, tú que juzgas a los que tal hacen, y haces lo mismo, que tú escaparás del juicio de Dios? ¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento? Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios”* (Romanos 2:2 al 5).

El juicio final vendrá de Dios, y será producto de Su ira contra el pecado. La condenación eterna no es una condición autoimpuesta; es el juicio divino sobre la humanidad, una sentencia legal de castigo eterno debido al pecado. Si alguien dijera: ¡Entonces nadie puede ser salvo!, deberíamos responderle: ¡Claro! ¡Por eso necesitamos de Su gracia! Él es quien nos salva; nosotros no podemos salvarnos a nosotros mismos.

Lo justo sería que todos permaneciéramos condenados, pero Él nos amó, y por lo tanto, llevó a cabo una obra de redención y restauración en Cristo. El problema es que, en su naturaleza caída, todos rechazan esta verdad (**Romanos 3:11**). Por ello, Dios se revela a nosotros a través de Su Palabra, nos convence por Su Espíritu, nos limpia con Su Sangre y nos hace moradas de Su Espíritu, incorporándonos a Su cuerpo y guiándonos por caminos de justicia. ¡El evangelio es glorioso!

***“Y si nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios,
¿qué diremos? ¿Será injusto Dios que da castigo?
(Hablo como hombre). En ninguna manera; de otro
modo, ¿cómo juzgaría Dios al mundo?***

Romanos 3:5 y 6

Por esta razón y por muchas más existentes en el Nuevo Testamento, debemos rechazar la declaración de que, la condenación eterna no es un castigo que Dios nos impone externamente, y que no es obra de Dios. Amados, seamos claros, el infierno sí es un castigo impuesto por Dios a modo de justo juicio sobre los pecadores culpables, y no hay maldad, falta de amor o tinieblas en Su justicia, sino todo lo contrario, más allá de que muchos sufran su gran limitación para comprender eso. Lo justo es la pena para los culpables.

¿Por qué es tan importante que lo veamos de esta manera? Porque si no sabemos cuál es nuestra condición real, quizás no valoremos de manera suficiente la obra de Su cruz. Y sí no valoramos en su justa dimensión Su Gracia, puede que al igual que algunos judíos del primer siglo, terminemos atraídos por un evangelio falso que nos lleve detrás de la búsqueda de una justicia personal que nos libere. La franquicia del Reino demanda una clara comprensión de que Jesucristo es nuestra justicia, y que nosotros, solo somos justificados en Él. No hay pensamiento, actitud, ni obra alguna que pueda generar justicia ante Dios, excepto las que se producen en Cristo.

Los capítulos del libro de Romanos, en los cuales Pablo enseña sobre la justificación, son de tremenda importancia para nuestro bienestar eterno. Y son más importantes aún hoy en día, porque algunos populares comunicadores cristianos, están haciendo declaraciones que pueden hacer que muchos escojan transitar por caminos equivocados.

En este glorioso diseño de Dios ¿cómo es que escapamos nosotros, pecadores culpables que estábamos condenados a la ira de Dios? y ¿cómo se nos quitó nuestra culpa, a fin de que ya no estemos más bajo la justa sentencia de condenación dictada por el gran Juez? Bueno el apóstol Pablo respondió esto utilizando el ejemplo del patriarca Abraham, que a pesar de vivir un pacto diferente, logra trascender hacia la gracia divina.

“¿Qué, pues, diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne? Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios. Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia. Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; más al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia.”

Romanos 4:1 al 5

Esto fue dicho acerca de Abraham Cuando Dios le prometió a Abraham que su descendencia sería tan numerosa como las estrellas del cielo, fue Dios quien consideró su fe

como justicia. Abraham no creyó específicamente en la justicia que le sería contada, sino en las promesas de Dios, y esto le fue atribuido como justicia.

La promesa dada a Abraham era que recibiría un hijo que lo heredaría (**Génesis 15:4**). Él confió en Dios, no en su propia fuerza; creyó firmemente que Dios le daría un verdadero hijo, no solo alguien a quien pudiera considerar como tal. Cuando Abraham creyó en Dios, quien da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen (**Romanos 4:17**), estaba convencido de que ya tenía un hijo, aun cuando este aún no había nacido.

La fe de Abraham fue puesta a prueba. Tanto él como Sara tuvieron que esperar hasta que sus propias fuerzas se agotaran. Llegaron al punto en que reconocieron que sus cuerpos ya no tenían ninguna capacidad para concebir, pero no permitieron que su fe se debilitara. Aunque la fe no depende de la fuerza humana, puede fortalecerse o debilitarse. Abraham glorificaba a Dios y, al hacerlo, su fe se fortalecía. No fue avergonzado por creer y esperar el cumplimiento de lo que Dios le había prometido, y por eso le fue contado por justicia, recibiendo finalmente a Isaac.

El apóstol Pablo usa este relato como una ilustración para nosotros, que hemos recibido las promesas del evangelio en relación con la plenitud del Reino. Damos evidencia de nuestra fe al creer y procurar vivir conforme a la perfecta voluntad de Dios. Si creemos en Sus promesas, como lo hizo

Abraham, Dios también contará nuestra fe como justicia (**Romanos 4:5**).

Nosotros creemos, al igual que Abraham, en la justicia verdadera que se manifestará completamente en nosotros. Creemos que Dios llevará a cabo su obra de transformación total al darnos un cuerpo de resurrección. Pero lo extraordinario es que Aquel que *“llama las cosas que no son, como si fuesen”*, ya nos ve en plenitud porque nos ve en Cristo. Esta es nuestra fe: confiar en la verdad más allá de nuestras circunstancias presentes.

Dios cuenta nuestra fe como justicia y no seremos avergonzados, porque Él cumplirá todas sus promesas. Sin embargo, nuestra fe debe ser probada, y nuestras propias fuerzas deben ser agotadas antes de que las promesas se cumplan. Dios nos otorga Su poder cuando reconocemos nuestra incapacidad (**2 Corintios 12:9**). Incluso después de frustrarnos por intentos fallidos de alcanzar lo que solo podemos recibir por Su gracia, Él sigue siendo fiel.

Muchos cristianos, en algún momento, ven su fe disminuir cuando intentan avanzar sin resultados, lo que los lleva a la frustración y el desánimo. Pero si perseveramos, nuestra debilidad humana terminará conectándonos con el poder de Dios. La fe no puede ser contada por justicia cuando está basada en nuestras propias capacidades, sino cuando hemos agotado todos los recursos humanos y Dios es glorificado en nuestra impotencia.

A menudo se predica que Abraham pudo tener un hijo porque nunca dudó de su capacidad para lograrlo, y muchos cristianos piensan de esta manera. Sin embargo, la fe de Abraham fue contada por justicia porque él reconoció que Sara era completamente estéril y que su propio cuerpo estaba como muerto (**Romanos 4:19**). Esto lo llevó a depender exclusivamente de Dios y a confiar en que solo Él podía cumplir Su promesa.

La distorsión de la verdad en la enseñanza ha corrompido el evangelio, impidiendo que muchos experimenten la verdadera vida del Reino. Se han promovido mensajes motivacionales que conducen a confiar en uno mismo más que en Dios, pero tal fe nunca será contada por justicia. El Reino se vive en el poder de Dios, no en el nuestro. No son nuestras obras las que nos hacen justos, sino la obra consumada de Cristo en los días de Su carne.

La fe de Abraham le dio una experiencia visible y real. Del mismo modo, aquellos que tienen la misma fe en estos tiempos experimentarán lo mismo: *“A los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”* (**Romanos 4:24 y 25**). Nosotros experimentamos que Él nos justifica para que las virtudes de Cristo sean una realidad visible en nuestras vidas.

Pablo menciona el tema de la jactancia en **Romanos 3:27 y 28**: *“¿Dónde está, pues, la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿La de las obras? No, sino por la*

ley de la fe. Porque concluimos que el hombre es justificado por la fe aparte de las obras de la ley". Alguien podría preguntarse: ¿Y qué pasó con Abraham?, ya que fue reconocido por su obediencia, en especial por su disposición a ofrecer a su hijo Isaac en sacrificio (**Génesis 22**).

La respuesta de Pablo se encuentra en **Romanos 4:2**: *“Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué jactarse, pero no para con Dios”*. ¿Qué significa esto? ¿Acaso Abraham podría haber sido justificado por las obras y gloriarse ante los hombres, aunque no ante Dios? No lo creo. El versículo **3** refuerza esta idea citando **Génesis 15:6**: *“¿Qué dice la Escritura? Y creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia”*.

El mensaje aquí no es que las personas justificadas por las obras pueden gloriarse ante los hombres, pero no ante Dios. Más bien, deja claro que Abraham no fue justificado por sus obras, sino por su fe.

Abraham halló gracia ante los ojos del Señor únicamente por la fe. Dios mismo le concedió esa fe y la contó como justicia, es decir, como una posición correcta ante Él. Abraham fue justificado ante Dios, absuelto, perdonado y aceptado solo por fe, sin la mediación de las obras.

Muchos religiosos intentan alcanzar la justicia mediante compromisos y esfuerzos humanos, pero la verdad es al revés: las obras de justicia no deben ser el medio para

alcanzar justicia, sino el fruto de ser justos en Cristo. Tanto Pablo como Santiago enfatizaron que a Abraham la fe le fue contada por justicia, basándose en **Génesis 15:6** para demostrar que la justificación se sostiene solo por la fe, lo que excluye la jactancia.

“Dios aceptó como justo a Abraham, nuestro antepasado, por lo que hizo cuando ofreció en sacrificio a su hijo Isaac. Y ya ves que, en el caso de Abraham, su fe se demostró con hechos, y que por sus hechos llegó a ser perfecta su fe. Así se cumplió la Escritura que dice: ‘Abraham creyó a Dios, y por eso Dios le aceptó como justo’. Y Abraham fue llamado amigo de Dios. Ya veis, pues, que Dios declara justo al hombre también por sus hechos, y no solamente por su fe”.

Santiago 2:21-24 (DHH)

Sin embargo, esto no significa que Abraham fue justificado por sus obras, sino que su fe fue confirmada por ellas. Las obras son la evidencia de una fe verdadera, pero no el medio de la justificación.

Si alguien trabaja para obtener su justificación, intenta poner a Dios en deuda con él. Si pudiera lograrlo, entonces podría gloriarse tanto ante los hombres como ante Dios, pero no recibiría gracia, sino un pago por sus obras. En ese caso, podría decir: “La merezco”. Pero Pablo deja claro que este no fue el caso de Abraham. **Romanos 4:5** lo explica así: *“Más al que no trabaja, pero cree en aquel que justifica al impío, su fe se le cuenta por justicia”.*

Los seres humanos estamos en condición de pecadores al borde de la condenación eterna, no simplemente como resultado de una separación autoimpuesta, sino como una sentencia de justicia divina. ¿Cómo escaparemos? ¿Cómo seremos justificados ante Dios, perdonados y considerados justos en Su presencia en lugar de culpables? La respuesta es clara: ***“Confiando en aquel que justifica al impío”***.

Cristo murió para pagar nuestra deuda y vivió para proveernos de Su justicia. Cuando dejamos de confiar en nosotros mismos y depositamos nuestra fe en Dios, Él considera que nuestro pecado fue castigado en la cruz y nos imputa la justicia de Cristo.

El Reino de Dios demanda una justicia perfecta, una que no puede generarse mediante el esfuerzo humano. Esa justicia es Cristo mismo, y nosotros debemos celebrarla y abrazarla por gracia. En este Nuevo Pacto, Dios nos otorga por gracia lo que luego nos puede demandar.

“Pero Dios mismo os ha unido a Cristo Jesús, y ha hecho también que Cristo sea nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación y nuestra liberación.

De esta manera, como dicen las Escrituras: Si alguno quiere gloriarse, que se gloríe del Señor.”

1 Corintios 1:30 y 31 DHH

Capítulo cuatro

LA FRANQUICIA DEMANDA PAZ

“El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”.
Romanos 14:17

Como vimos en el capítulo anterior, si hubiere una supuesta franquicia del Reino, solo operaría en justicia, y esa justicia solo puede ser otorgada por Cristo. Vivir en Él nos concede Su justicia, y es esta justicia la que nos añade las bendiciones del Justo.

Lo peor que podemos hacer como hijos de Dios es tratar de producir justicia a través de nuestras propias obras. No debemos realizar obras de justicia para ser justos; al contrario, somos justos en Cristo, y a causa de esa verdad eterna, producimos obras de justicia.

Cuando intentamos hacerlo al revés, terminamos sobrecargados, frustrados y oprimidos, porque por más que nos esforcemos, nunca podremos satisfacer las demandas del

Juez. En cambio, cuando disfrutamos la justicia que hemos recibido a través de Cristo, experimentamos verdadera paz. Es en ese momento que la paz del Reino toma un rol absolutamente trascendental en nuestras vidas. Jesús dijo en **Juan 14:27**: *“La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo”*.

Jesús estaba a punto de ir a la cruz y sabía que Sus discípulos se sentirían perturbados por Su partida. Aunque habían caminado con Él durante tres años, todavía esperaban un reino terrenal restaurado en Israel. Creían en una revolución armada, en la toma del poder y en la liberación nacional, pero no estaban preparados para lo que realmente venía.

Jesús sabía que Sus discípulos quedarían confundidos cuando las falsas acusaciones de los religiosos movieran al poder romano en Su contra. Aunque Él conocía perfectamente Su destino, Sus seguidores fueron impactados por Su arresto y crucifixión. Por eso, antes de partir, les declaró Su paz y les recordó que en realidad iba al Padre:

“Voy, y vengo a vosotros. Si me amarais, os habríais regocijado, porque he dicho que voy al Padre; porque el Padre mayor es que yo. Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis”.

Juan 14:28 y 29

Jesús no les prometió la paz que el mundo ofrece, porque ciertamente enfrentarían tribulación. Lo que Él les dio fue Su paz, una paz interna y verdadera. La Nueva Traducción Viviente expresa **Juan 14:27** de esta manera: *“Les dejo un regalo: paz en la mente y en el corazón. Y la paz que yo doy es un regalo que el mundo no puede dar. Así que no se angustien ni tengan miedo”*.

Jesús sabía que el viaje terrenal de Sus discípulos, así como el de todos los futuros creyentes, no sería fácil. Les esperaban muchas pruebas y dificultades, por lo que también les dijo: *“Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”* (**Juan 16:33**).

Muchas personas creen que la paz se encuentra en la ausencia de guerra o conflictos, en la tranquilidad o en determinados lugares. Sin embargo, la paz del Reino es una paz que sobrepasa todo entendimiento, una paz que permanece firme incluso en medio de una tormenta, o en la peor de las guerras.

Esta paz del Reino solo está reservada para quienes caminan con Dios en verdadera comunión espiritual. De hecho, los discípulos no pudieron recibirla plenamente hasta que el mismo Jesús, resucitado, se les apareció y les dijo: *“Paz a vosotros”* (**Juan 20:19**).

Cuando Jesús vino como el Mesías, trajo consigo la paz del Reino de Dios. Esta misma paz sobrenatural fue el

regalo de despedida de Jesús a Sus discípulos. La dotación definitiva de paz nos fue concedida a través del don divino de la salvación, comprada con la sangre de Jesucristo mediante Su sacrificio en la cruz. Por eso, el profeta Isaías había anunciado:

“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz.”

Isaías 9:6

Por medio de Su muerte, Jesucristo nos ha concedido acceso al trono del Padre, restaurando nuestra comunión con Él y otorgándonos justificación ante el Rey y Juez supremo. ***“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”.*** (Romanos 5:1 y 2).

El perdón recibido a través de Jesucristo nos ha reconciliado con el Padre, pero Su muerte y resurrección nos han otorgado la justificación. Mientras que el perdón restaura la relación con Dios, la justificación nos concede paz definitiva con Él, pues no solo elimina la enemistad, sino que borra completamente nuestro historial de culpa.

Durante Su ministerio terrenal, Jesús extendió el perdón a muchas personas, lo que enfurecía a los religiosos

de la época. Él podía hacerlo porque, como declaró en **Juan 10:30**: *“Yo y el Padre uno somos”*. Sin embargo, aunque el Hijo tenía autoridad para perdonar pecados, la justificación solo se consumó en la cruz, cuando Jesús cargó con nuestra culpa y fue juzgado en nuestro lugar.

Fue Su obra completa la que nos otorgó perdón, justificación y paz. Por eso, el apóstol Pablo exhortó a los filipenses a llevar sus preocupaciones a Dios en oración: *“Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”* (Filipenses 4:7).

Gracias al poder del Espíritu Santo que habita en nosotros, nuestras mentes ahora están gobernadas por la paz de Dios (**Romanos 8:6**). Esta paz no solo nos transforma, sino que nos capacita para ser pacificadores en Su Reino (**Mateo 5:9**). El apóstol Pablo nos dejó una enseñanza clave: *“Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres”* (**Romanos 12:18**).

Esto significa que la franquicia del Reino demanda que aprendamos a absorber ofensas y evitar conflictos. No se trata de que Dios espere que, por nuestra propia fuerza, logremos ser pacíficos. Más bien, Él nos demanda lo que primero nos ha otorgado en Cristo.

Al recibir el Espíritu Santo, obtenemos la capacidad de vivir en paz con Dios, con nosotros mismos y con los demás. Dios no nos pide generar paz por nuestros propios esfuerzos,

sino que nos ha concedido Su paz. Por eso, Pablo menciona la paz como un fruto del Espíritu y no como un fruto de nuestro carácter humano (**Gálatas 5:22**).

Siendo así, surge una pregunta fundamental: ¿No deberían los cristianos ser diferentes a los demás en la manera de afrontar los conflictos? ¿Estamos realmente actuando como pacificadores? Lamentablemente, aunque las mejores personas que he conocido han sido en la Iglesia, también ha sido dentro de la Iglesia donde he vivido los conflictos más absurdos. He recibido expresiones de amor inigualables, pero también he sido criticado, despreciado, traicionado y rechazado. No es lógico, pero ha sucedido.

Jesús nunca pecó. Nunca engañó, nunca mintió, nunca despreció ni defraudó a nadie. Sus discípulos y multitudes lo amaban sinceramente. Sin embargo, entre Sus seguidores también estaban los setenta que lo abandonaron (**Juan 6:66**), Judas que lo traicionó y los once que lo negaron en Su momento de mayor prueba. Las mismas personas que lo vitoreaban en Su entrada triunfal a Jerusalén fueron las que días después gritaron "*¡Crucifícale!*" (**Mateo 21:9, Mateo 27:22 y 23**).

Los religiosos, que decían admirar Su enseñanza y lo llamaban Rabí (Maestro), fueron los que lo persiguieron con odio, compraron Su entrega, sobornaron testigos falsos y manipularon a los romanos para llevarlo a la cruz.

Jesús fue el ejemplo supremo de amor y paz sin límites. Sin embargo, entre Sus seguidores recibió tanto la honra y el amor, como las mayores expresiones de odio. Esto no debió ser así, ni debería ser así hoy en día, pero es una realidad que persiste: entre lo verdadero siempre procura infiltrarse lo falso, y entre lo mejor que tenemos que es Cristo, se mezcla lo peor de nosotros, nuestra vieja naturaleza.

Por eso, nuestra meta como creyentes no es simplemente evitar conflictos o tolerar las diferencias, sino reflejar la paz de Cristo, respondiendo a la ofensa con el mismo amor, evaluando todo bajo la gracia con la cual nosotros mismos hemos sido justificados.

Llegará el día en que recibamos lo perfecto y en que el mal desaparezca por completo de nuestras vidas. Pero mientras tanto, obramos desde lo mejor y, en ocasiones, desde lo peor de nuestro ser. Por eso, la Iglesia refleja esta dualidad: en ella habita lo más sublime de la tierra, pero también puede manifestarse la maldad.

El Reino de Dios nos llama a morir al yo, a despojarnos de la vieja naturaleza corrompida (**Efesios 4:22**), y a tomar nuestra cruz para manifestar a Cristo. Solo así podemos llegar a ser verdaderos pacificadores. Es natural que nuestro carácter, nuestros impulsos y sentimientos afloren y provoquen conflictos. Por ello, debemos ser cuidadosos, depender del Espíritu Santo y rogar por Su sabiduría.

Ser pacificadores no significa ser ingenuos. Rehuir el diálogo o evitar afrontar problemas puede ser un acto de ignorancia o cobardía. Como hijos de Dios, evitamos los conflictos en la medida de lo posible, pero posponer su resolución no siempre es la mejor opción. Debemos pedir sabiduría a Dios, porque actuar con pasividad o resignación puede permitir que otros cometan injusticias.

Un conflicto sin resolver puede incluso bloquear nuestra comunión con Dios. La Biblia nos enseña que no podemos tener comunión con Él si estamos en conflicto con nuestro cónyuge o con nuestros hermanos en la fe. Tener problemas con el mundo es inevitable, pues el sistema y el enemigo nos odian, pero sostener conflictos dentro de la Iglesia puede ser un gran obstáculo para nuestra vida de oración.

Ser pacificadores tampoco significa permanecer inactivos. Si hay problemas en nuestras relaciones familiares, amistosas o laborales, no debemos esperar demasiado. Antes bien, debemos buscar la dirección del Espíritu Santo y actuar con sabiduría. Jesús enseñó en **Mateo 5:23 y 24**: *“Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda”*.

Reconciliarse no significa perdonar solo cuando nos pidan perdón. Significa tomar la iniciativa, incluso si eso implica humillarnos ante un ofensor. Si queremos ser

pacificadores del Reino, debemos enfrentar los problemas como un bombero enfrenta un incendio. Él no espera que el fuego se extinga por sí solo, sino que lo combate con todas sus fuerzas. De lo contrario, el incendio seguramente se apagará con el tiempo, pero después de haber causado daños irreparables.

Las estadísticas señalan que somos responsables del 95 % de lo que nos ocurre en la vida. Si bien hay situaciones que nos afectan sin que las hayamos provocado, la forma en que reaccionamos ante ellas determina el desenlace.

Por ejemplo, si al salir con mi familia alguien conduce de manera imprudente y choca mi vehículo, tengo dos opciones: Puedo actuar con calma, intercambiar datos con el otro conductor y resolver el problema mediante la aseguradora. O puedo dejarme llevar por la ira, golpear al otro conductor, dañar su vehículo, atacar a sus familiares si intervienen, resistirme a la policía, hacer sufrir a mis seres queridos y, finalmente, terminar en prisión. En ambos casos, el incidente fue el mismo, pero mi reacción definió el resultado final.

No debemos olvidar que Dios nos ha entregado el ministerio de la reconciliación (**2 Corintios 5:18**). Un ejemplo claro de esto es cuando Jesús se apareció a Sus discípulos después de la resurrección y los saludó con paz. Ellos lo habían traicionado y negado, pero Él los alcanzó con amor y reconciliación.

Los discípulos estaban asustados. Su Maestro había sido crucificado, y ellos eran considerados una amenaza para el César. Su temor era completamente comprensible. En medio de esa incertidumbre, Jesús no vino a recriminarlos ni a exigir cuentas por su traición, sino a reconciliarse con ellos.

La reconciliación, manifestada en Su presencia, erradicó el temor en sus corazones. Jesús sabía que les faltaba seguridad para enfrentar sus miedos, y por eso se reveló a ellos. Del mismo modo, sigue haciéndolo con nosotros. La reconciliación siempre trae paz.

Jesús no estaba jugando con la fe de Sus discípulos. Él quería que lo vieran y lo conocieran en el poder de la resurrección, que creyeran en Su obra consumada y recibieran Su paz. No vino a profundizar el conflicto ni a recordarles su falta de lealtad, sino a enseñarles cómo ser pacificadores.

Lo opuesto a la paz es el conflicto. Lo opuesto al poder es la debilidad. Lo opuesto al propósito es la indecisión. Muchas vidas están arruinadas por conflictos, falta de poder y falta de propósito. Pero Jesús no murió y resucitó en vano; Él vino a darnos una vida nueva y una nueva oportunidad.

Notemos que, antes de hablar de poder o propósito, Jesús estableció la paz. Este orden es clave. La paz de Cristo precede y sostiene todas nuestras acciones de poder y propósito. No iniciamos la paz con Él mediante nuestras obras; es Su obra consumada la que inicia la paz en nosotros.

Jesús hizo la paz mediante el sacrificio de Su propia vida. En todo sentido, Él es nuestra paz: es su autor, su centro y su esencia. Es por medio de Su persona y Su sacrificio que tenemos acceso al Padre (**Efesios 2:14 al 16**). Con Su sangre, Cristo nos compró el derecho de acercarnos al trono de la gracia, y es el Espíritu Santo quien nos da entendimiento, fortaleza y gracia para servir aceptablemente a nuestro Padre.

La paz que Jesús ofrecía a los discípulos es la misma paz que alcanzó cuando murió por ellos sobre la cruz y que, al ser una obra eterna, también nos ha alcanzado a nosotros. Es por eso que les mostró las manos y el costado, y aunque no está escrito, me atrevo a imaginar a Jesús diciéndoles: *“Yo soy el que murió. Y soy a quien ustedes abandonaron. Y soy quien fue herido por vuestras transgresiones. Pero ya he pagado el precio y hoy, puedo ofrecerles paz porque mi sangre, presentada ante el Padre, puede limpiar todos sus pecados...”*

Por tanto, hay cinco relaciones en las que el Cristo crucificado y resucitado trajo paz a nuestra vida. En primer lugar, trajo paz entre nosotros y Él. Ese es el primer y más obvio significado. Él estaba allí, entre ellos, ofreciéndose a sí mismo como un amigo y ayudador, no como un juez.

En segundo lugar, trajo paz entre nosotros y el Padre. Es por eso que el Padre lo envió, para que se satisficieran la justicia y la ira de una manera que no incluyera el castigo eterno. Dios hace paz con nosotros al sustituir el sufrimiento

de su Hijo por nuestra culpa. Ahora puede venir a nosotros como un Padre amoroso.

En tercer lugar, trajo paz entre nosotros y otros que también lo han recibido. Estar reconciliados con Dios es estar reconciliados con todos los que están reconciliados con Dios. No hay hostilidad vertical ni horizontal. No hay racismo, etnocentrismo, clasismo ni sexismo. ***“No hay juicio ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer; porque todos sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28).***

En cuarto lugar, trajo paz entre nosotros y nuestras almas. La carta a los Hebreos, en el Nuevo Testamento, dice: ***“La sangre de Cristo purificará vuestra conciencia de obras muertas para servir al Dios vivo...” (Hebreos 9:14).*** La paz con nosotros mismos no significa que comencemos a ver los pecados pasados como algo deseable. La paz no significa que los pecados del pasado dejen de ser dolorosos. Significa que dejan de paralizarnos, descalificarnos o condenarnos. El dolor no será inmediatamente quitado, pero la culpa es eliminada de inmediato mediante Cristo. Y esto hace posible que sanemos y sigamos adelante con una vida llena de esperanza.

Por último, la gracia del Señor, nos trajo paz con el mundo que nos rodea, que incluye al prójimo y a toda la naturaleza. Cuando Él murió, hizo todo lo necesario para reconciliar todas las cosas, las que están en el cielo y las que están en la tierra, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz (**Colosenses 1:19 y 20**), para que algún día, en el tiempo

de Dios, todo el mal sea erradicado, toda tiniebla disipada y la nueva creación sea manifestada en paz y justicia.

Recibir la gracia de la reconciliación es tener paz con Jesús, que se sacrificó; paz con Dios el Padre, que lo envió; paz con los demás que están en Cristo, quienes también recibieron la gracia; paz con nosotros mismos para una vida de esperanza; y paz con el mundo, sea nuestro prójimo o la naturaleza, de manera integral. Es un logro sorprendente y maravilloso que debemos valorar. Por tal motivo, debemos cumplir responsablemente con nuestro rol de llevar adelante el ministerio de la reconciliación.

La paz es un regalo de Dios. Nosotros la recibimos o nos alejamos de ella. O, también podríamos decir, que la recibimos o nos alejamos de Él, porque Él es nuestra paz. Él es quien nos ha dado su vida y, con ella, el poder para hacer cosas que los simples mortales no pueden hacer, como derrotar nuestro propio egoísmo, amar ilimitadamente a otras personas y producir frutos espirituales más allá de toda circunstancia. Con ese poder, Él nos da el principal propósito de nuestra existencia: continuar con su tarea, siendo un canal para la manifestación de su gracia.

Si bien la obra debe ser totalmente consumada por el Señor, nosotros tenemos un rol fundamental como ministros de la reconciliación. Si en verdad valoramos su amor y la plenitud de su gracia, debemos asumir nuestra responsabilidad con gran pasión. Debemos ser gente de paz, sin ira ni contienda (**1 Timoteo 2:8**), capaces de permitir que

la vida de Cristo fluya a través de nosotros, llevando el poder de la reconciliación hasta lo último de la tierra.

La franquicia del Reino demanda que obremos como pacificadores, que seamos humildes canales de reconciliación, que seamos embajadores de Cristo, representándolo tal como Él lo hizo con el Padre. Esto implica un gran reto y un gran privilegio. Él nos ha empoderado a través de su Espíritu para que podamos lograrlo. Ciertamente, no tenemos excusa.

Cuando una empresa ofrece su franquicia, otorga los diseños, las herramientas, las formas de ejercer las tareas. No demanda nuevas invenciones, sino más bien una rigurosa sujeción a lo que ya fue creado por ellos. Dios no nos demanda nada más que lo que Él mismo nos ha otorgado en Cristo. Solo debemos apegarnos a esa gracia y Él se glorificará.

“Ahora que estamos unidos a Cristo, somos una nueva creación. Dios ya no tiene en cuenta nuestra antigua manera de vivir, sino que nos ha hecho comenzar una vida nueva. Y todo esto viene de Dios.

Antes éramos sus enemigos, pero ahora, por medio de Cristo, hemos llegado a ser sus amigos, y nos ha encargado que anunciemos a todo el mundo esta buena noticia: Por medio de Cristo, Dios perdona los pecados y hace las paces con todos.

Cristo nos envió para que hablemos de parte suya, y Dios mismo les ruega a ustedes que escuchen nuestro mensaje.

Por eso, de parte de Cristo les pedimos:

Reconcíliense con Dios.”

2 Corintios 5:17 al 20 PDT



Capítulo cinco

LA FRANQUICIA DEMANDA GOZO

“No sea, pues, vituperado vuestro bien; porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo Porque el que en esto sirve a Cristo, agrada a Dios, y es aprobado por los hombres. Así que, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación.”

Romanos 14:16 al 19

Como hemos visto, la imaginaria franquicia del Reino se desarrolla en la luz y no hay lugar para las tinieblas. Se forja en justicia porque esa es la esencia del Rey, y al vivir en justicia se obtiene la paz verdadera. Esa paz impacta nuestra relación con Dios, con nosotros mismos y con todo nuestro entorno. Es entonces, y solo entonces, cuando el gozo del Señor se manifiesta en nuestro espíritu.

Como habrán notado, he repetido este pasaje bíblico en los capítulos anteriores porque Pablo hace una definición fundamental del Reino. El Reino es el Reino de la luz. Jesús

lo vinculó a la justicia en el sermón de la montaña, y Pablo lo definió sobre los fundamentos de la justicia, la paz y el gozo. Sin embargo, quisiera mencionar el contexto de estos versículos que también he mencionado en los dos capítulos anteriores. En realidad, el apóstol, primeramente, está haciendo un llamado al amor y al cuidado de los débiles.

Por ejemplo, en el verso uno, Pablo escribió: ***“Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones”***. El que es “débil” en la fe no se refiere a alguien que duda de las grandes verdades del Evangelio o de los hechos trascendentales de la fe. Más bien, describe la cualidad abstracta de la fe. Se trata de alguien que vacila o duda en cuestiones de conducta, que no sabe qué debe hacer o cómo actuar en ciertas situaciones. A tal persona se le debe recibir en la comunión de los creyentes con los brazos abiertos.

Tristemente, de manera histórica y sistemática, ha habido sectores en la Iglesia que se separan, como si fueran enemigos, de aquellos hermanos que piensan distinto respecto de algunas doctrinas periféricas que ni siquiera la Biblia menciona. En realidad, podemos oponernos a las estructuras religiosas que no contribuyen en nada a la fe, pero no debemos ser enemigos de los hermanos que las practican.

Pablo exhortó a los romanos: ***“Uno cree que se ha de comer de todo; otro, que es débil, solo come legumbres”***. La libertad en las conductas diarias obedece a una conciencia formada por una enseñanza que puede ser correcta o no, pero

que tiene como víctimas a los hermanos, no como culpables a quienes deberíamos atacar.

El hermano fuerte en la fe come de todas las cosas. En cambio, el creyente con una conciencia débil puede considerar alimentarse únicamente de vegetales. ¿Cuál es el problema? Pablo podía comer carne sin remordimiento, pero Simón Pedro tenía escrúpulos al respecto. Para el creyente con una conciencia débil y antecedentes de alimentarse solo de vegetales, comer carne le resultaba repugnante. De hecho, en la comercialización de ciertos productos, había consagraciones paganas, y Pablo señala el tema.

Parece increíble que el gran apóstol Pablo tuviera que enseñar sobre alimentación, pidiendo a los hermanos que no discutieran estas cuestiones. Pero es aún más sorprendente que, después de más de dos mil años, en la Iglesia sigan debatiéndose temas superficiales como si fueran de gran trascendencia. No solo eso, también se discuten términos, interpretaciones escatológicas, cargos ministeriales, dones espirituales o manifestaciones de poder. El problema no es que existan diferencias, sino que estas se discutan hasta el punto de descalificarse y condenarse mutuamente de manera hostil.

Existe mucha ignorancia en este tipo de actitudes, pues muchos de estos “violentos intelectuales” creen que están defendiendo a Dios o a la Biblia, cuando en realidad solo están dividiendo fuerzas y atacando el cuerpo de Cristo. Por supuesto, no me refiero a la defensa de las doctrinas

fundamentales, la cual debemos realizar sin concesiones. Me refiero únicamente a doctrinas periféricas que no deberían ser motivo de separación.

En el verso tres, Pablo escribió: ***“El que come, no menosprecie al que no come, y el que no come, no juzgue al que come; porque Dios le ha recibido”***. Así, tanto quienes tienen libertad en su conciencia para comer como aquellos que no la tienen deben aprender a amarse y respetarse mutuamente, sin juzgarse ni despreciarse. En realidad, el capítulo catorce está dirigido al fuerte en la fe, quien corre el riesgo de ostentar su libertad y hacer tropezar al débil.

Pablo exhorta con firmeza: ***“Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros; sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano”*** (Romanos 14:13). Advertía a los hermanos para que no diluyeran sus fuerzas en discusiones vanas, mostrándoles incluso la gravedad de esa actitud orgullosa: ***“No destruyas la obra de Dios por causa de la comida... Bueno es no comer carne, ni beber vino, ni nada en que tú hermano tropiece, o se ofenda, o se debilite. ¿Tienes tú fe? Tenla para contigo delante de Dios...”*** (Romanos 14:20 al 22).

Es en este contexto que Pablo escribió: ***“Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”***. Es decir, el gobierno de Dios no se basa en prohibir o permitir alimentos o bebidas, sino, primeramente, en recibir y hacer justicia.

La supuesta franquicia del Reino, no establece superficialidades, ya que estas solo generan desavenencias humanas, pero no divinas. El gran problema que enfrentamos es que discutimos lo que Dios no discute o queremos utilizar las Escrituras para resolver nuestras necesidades, cuando en realidad el propósito de las Escrituras es revelar el gobierno de Dios y la funcionalidad de los seres humanos dentro de Su propósito.

Lo más importante para nosotros es comprender exactamente qué significa tener a Dios y ser tenidos por Él. Ahí reside la paz que produce el gozo espiritual, el cual, a su vez, es nuestra fortaleza inquebrantable. Una fortaleza que, sin duda, necesitaremos en los últimos tiempos.

Vaciarnos de todo es llenarnos de Él, y ese es el extraño sentido de la plenitud verdadera. No se trata de alegrías externas ni de la búsqueda de un conformismo interior. Es algo mucho más sólido y real. Es un estado genuino de satisfacción, que no puede ser reemplazado por nada. Sería maravilloso que todos los hijos de Dios pudieran experimentar esto. Salir del mundo para estar en él es la manera más segura de caminar en la vida. Morir a nosotros mismos para vivir en Él, es el camino más extraordinario para eludir los problemas vanos, y afrontar aquellos que puedan estar vinculados con el propósito eterno.

Solo podemos tener necesidades apremiantes cuando somos parte de algo. Por eso, no debemos permitir que el sistema de este mundo nos retenga. Dios es el único que se

atribuye dicho privilegio. Y si, en lugar de poseer, somos poseídos por Él, ¿cuáles pueden ser nuestras necesidades? Por eso, Pablo dijo que el Reino es justicia; y si vivimos en justicia, ¿cómo no vamos a tener paz? Y si tenemos paz, ¿cómo no vamos a experimentar un verdadero gozo espiritual?

“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.”

Hebreos 12:2

La mayor obra de amor de todos los tiempos fue posible porque Jesús caminó en pos de un gozo mayor de lo que podamos imaginar: el gozo de ser exaltado a la diestra de Dios en medio de la asamblea de un pueblo redimido. ***“Por el gozo puesto delante de Él soportó la cruz.”*** Al decir esto, el escritor de Hebreos pretende presentar a Jesús como el máximo y más sublime ejemplo, junto a los santos mencionados en **Hebreos 11**. Aquellos que estaban tan entusiasmados y confiados en el gozo que Dios les ofrecía que ***“escogieron antes ser maltratados con el pueblo de Dios que gozar de los deleites temporales del pecado”*** (**Hebreos 11:25**), eligiendo sufrir antes que apartarse de la voluntad de Dios.

Por lo tanto, no es contrario a la Biblia afirmar que lo que sostuvo a Cristo en las horas oscuras de Getsemaní fue la esperanza del gozo que hallaría más allá de la cruz. Esto

no disminuye la grandeza de su amor por nosotros, pues el gozo en el que su esperanza estaba puesta era el gozo de llevar muchos hijos a la gloria (**Hebreos 2:10**). Ese gozo fue su fortaleza, no solo para enfrentar la cruz, sino también para resistir las grandes confrontaciones espirituales que lo acecharon.

Su gozo radicó en nuestra redención, la cual redundó en la gloria de Dios. La posibilidad de abandonar la cruz, y con ello abandonarnos a nosotros, renunciando a cumplir la voluntad del Padre, presentaba un panorama tan horroroso a la mente de Cristo que Él rechazó esa opción y abrazó la muerte con el poder del gozo espiritual. Su fortaleza estaba en la verdad que lo esperaba más allá del terrible dolor que enfrentaría.

Como vimos anteriormente, Jesús también padeció desprecios de todos los sectores. Sin embargo, a pesar del dolor de esos desprecios, en su corazón no había oscuridad ni rencor. No podía haber en Él ni una sombra de resentimiento, malquerencia o desprecio. Su corazón era un remanso de paz, bondad y caridad para con todos. Esto no significa que no sintiera el dolor de los agravios, pero hoy podemos comprender que su fortaleza era el gozo con el cual había sido ungido especialmente. Sin duda, el gozo era su fortaleza.

“Amaste la justicia y aborreciste la maldad; por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de gozo más que a tus compañeros.”

Salmo 45:7 (OSO)

En su entorno no soportaban que Jesús dijera: ***“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6)***. Lo rechazaban precisamente por ser Él, con su vida singular, su doctrina específica y nueva, y sus enseñanzas nunca antes oídas. Por eso Jesús les dijo: ***“Yo he venido en nombre de mi Padre, y vosotros no me recibís” (Juan 5:43)***.

Para probar esta desafección de algunos hacia Cristo, basta el testimonio de la cruz y los relatos de la Pasión. La confianza de Cristo en su Padre era una llamada de atención a su presunción. La verdad de Cristo dolía a su doblez. El desprendimiento de Cristo chocaba contra la avaricia farisea.

La humildad de Jesús era una lección difícil para su soberbia y orgullo. Muchas cosas de Cristo molestaban a los fariseos: tal vez su seguridad, su integridad, su amor por los pobres y pecadores, su autoridad, su influencia, su sencillez, su porte distinguido, su sonrisa serena o el brillo de sus ojos. No lo sé, pero lo que sí es evidente es el odio que sentían contra su sinceridad.

Por otra parte, y ante los jefes políticos, Jesús siempre fue muy respetuoso. Les mostró Su abnegación y Su mansedumbre. No discutió con ellos los designios del Padre, sino que se entregó con admirable resignación. Aun así, lo golpearon, lo torturaron y se burlaron de Él.

Jesús nunca evitó al enemigo, ni tampoco buscó enfrentarse con él. No se agitó febrilmente para vencer ni

trató de explicar sus derechos a los necios. Su objetivo no fue ser reconocido como vencedor, sino consumir Su propósito (**Juan 19:30**). Jesús supo aislar Su corazón del enojo, del odio y del rencor. Aun cuando lo desnudaron y se jugaron sus ropas burlonamente, no respondió con indignación, sino que pidió al Padre misericordia y dijo que los perdonara (**Lucas 23:34**).

Jesús fue completamente puro y su corazón nunca se contaminó. El gozo fue Su fortaleza interna para avanzar sin rencores. Sin duda, nos dejó Sus huellas como ejemplo de cómo debemos actuar nosotros, los hijos de la Luz, Sus embajadores (**1 Pedro 2:21**). Diría que la franquicia del Reino demanda gozo espiritual, porque sin esa fortaleza es imposible que la Iglesia supere las presiones del sistema.

Si estudiamos la historia de la Iglesia, descubrimos que siempre ha sido así. Las proezas de los héroes de la fe, las grandes persecuciones por causa del evangelio, los encarcelados, los torturados y los mártires soportaron firmes las hostilidades gracias al gozo que fortalecía sus corazones. Vivir en luz rodeados de tinieblas, vivir en justicia en un sistema injusto, tener paz aun en medio de la guerra, produce el extraordinario fruto del gozo espiritual.

Jesús sabía que después de Su partida, Sus discípulos, quienes serían los primeros integrantes de la Iglesia naciente, serían atacados, perseguidos y violentados, tal como sucedió con Él. De hecho, se los advirtió claramente. La noche antes de la crucifixión, les dijo que serían sometidos a una severa

persecución. Les aseguró que, si lo seguían, sufrirían violencia:

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.”

Mateo 5:10 al 12

Él quería que supieran esto para que, cuando padecieran sufrimientos, no tropezaran. Sin duda, quiso dejar en claro Su ejemplo, para que resistieran con plena fortaleza espiritual todo lo que se avecinaba.

“Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo. Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate pensará que rinde servicio a Dios. Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí. Mas os he dicho estas cosas, para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho.”

Juan 16:1 al 4

Hoy en día, y ante la situación que estamos viviendo, somos nosotros quienes debemos seguir el ejemplo, ya no solo de Jesús, sino también de Sus discípulos, que pusieron en práctica lo que el Maestro les enseñó, recordando Sus palabras y actitudes. Es bueno leer no solo los hechos de

Jesús, sino también los de la Iglesia primitiva. Libros como El libro de los mártires, de John Fox, son valiosos para comprender lo que ellos soportaron con gran fortaleza y lo débil que parece la Iglesia de hoy, en países donde los principales problemas que enfrentan los cristianos son más bien domésticos y personales.

Por supuesto, hay excepciones. En algunos territorios, la escasez y la hostilidad espiritual son muy difíciles de sobrellevar, pero, en general, la sociedad ha cambiado mucho, y el estándar de vida de la mayoría de nosotros es notablemente superior al que vivieron nuestros antepasados cristianos. Hoy tenemos mayor libertad para practicar nuestra fe. Contamos con hermosos salones de reunión, buenos sistemas de calefacción para el frío del invierno y aires acondicionados para el calor del verano. Disponemos de equipos de sonido e instrumentos extraordinarios para adorar al Rey.

Los sistemas de trabajo, han cultivado protocolos de cordialidad para recibir a nuevos hermanos y discipularlos con amor y sabiduría. Contamos con medios de comunicación y transporte para facilitar la conexión con la gente, y procuramos levantar líderes de células y de áreas, para que todos estén atendidos y cuidadosamente contenidos. Sin embargo, es habitual encontrar hermanos ofendidos por cualquier trivialidad.

En mis muchos años de ministerio, he tenido la fortuna de visitar innumerables congregaciones, incluso en diferentes

naciones. Puedo decir sin exagerar que podría escribir varios libros testimoniales sobre tristes historias de dolor, ofensas, desprecios, difamaciones, divisiones y todo tipo de conflictos entre hermanos.

Es muy triste ver que aquellos que llegaron al Señor por la obra integral de la gracia caigan en semejantes exigencias contra sus hermanos y líderes. Muchos demandan más atención, cuidado y perfección por parte de sus líderes. Y si bien es cierto que, en algunos casos, pueden encontrarse con verdaderas desilusiones, en la mayoría de los casos son demandas absurdas, afincadas en el orgullo.

Muchos, al llegar, reciben el gozo de la presencia de Dios y se bautizan con alegría y gran determinación. Se compran una Biblia y participan en las reuniones con genuino fervor, sin mirar críticamente a nadie. Pero, con el tiempo, comienzan a notar imperfecciones y luego se ofenden por cualquier tontería. La verdad es que ese final solo es el resultado de la pérdida de la unción y, por ende, del gozo espiritual, que es la fortaleza vital para alcanzar plenitud.

Un cristiano lleno del Espíritu Santo estará lleno de gozo espiritual, y ese mismo gozo lo equipará con una fortaleza que lo hará inofendible. Incluso si vive situaciones de verdadero conflicto o injusticia, se irá sin discutir, perdonando, y buscará otro lugar donde seguir alabando a Dios sin rencores.

Jesús no solo enseñó a Sus discípulos sobre las cosas que acontecerían y sobre la actitud que debían tener para afrontarlas, sino que además quiso impartirles el gozo de Su fortaleza:

“Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea perfecto”

Juan 15:11

Jesús no se refería a esto como un simple deseo de felicidad para Sus discípulos, sino que les estaba impartiendo Su fortaleza, esa que iban a necesitar para los acontecimientos por venir, la misma que nosotros necesitamos para los tiempos actuales.

Hoy veo el dolor de muchos pastores y líderes, que observan cómo familias enteras se apartan de la fe sin motivos válidos. Se desesperan e incluso se enojan por ello, pero quiero dejar un principio de restauración y avance: “nada podemos ni debemos hacer con nuestras propias fuerzas. Necesitamos la intervención divina. Necesitamos la impartición de gozo que se obtiene en Su presencia, porque esa será nuestra fortaleza y la de todos los hermanos”.

“En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual, aunque percedero, se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo, a quien

amáis sin haberle visto; en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso, obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas.”

1 Pedro 1:6 al 9



Capítulo seis

LA FRANQUICIA DEMANDA AMOR

“En otro tiempo también nosotros éramos necios y desobedientes. Estábamos descarriados y éramos esclavos de todo género de pasiones y placeres. Vivíamos en la malicia y en la envidia. Éramos detestables y nos odiábamos unos a otros. Pero, cuando se manifestaron la bondad y el amor de Dios nuestro Salvador, él nos salvó, no por nuestras propias obras de justicia, sino por su misericordia...”

Tito 3:3 al 5

Bienaventurados quienes nacieron en el seno de una familia cristiana, quienes fueron impartidos con la vida de Cristo desde pequeños y conocieron el amor de Dios a través de sus vivencias. Mucho más aún aquellos que fueron instruidos con las enseñanzas correctas respecto al evangelio del Reino. Bienaventurados aquellos que fueron libres de toda contaminación religiosa y de todo paradigma de temor,

porque, aunque no lo sepan o no logren dimensionarlo, han sido librados del mal y del inevitable retraso de la religiosidad.

Por otra parte, quienes vivimos en la esclavitud y la angustia de la muerte durante gran parte de nuestras vidas también podemos decir que fuimos bienaventurados al recibir el impacto de la gracia salvadora del Señor. Sin embargo, tristemente, algunos conocimos las tinieblas que operan en el sistema, y eso, inevitablemente, también condicionó nuestra manera de pensar y los sentimientos de nuestro corazón.

Aun así, es lógico pensar que ser libres sin haber sido esclavos jamás no es lo mismo que ser liberados después de haber conocido el dolor. Es por eso que, en nuestro caso, experimentamos un quebranto y un gozo inexplicable ante la llegada de la vida y de la luz. Quienes aprendimos a vivir sin Dios no encontramos maneras capaces de expresar los favores de la gracia divina.

Por supuesto, lo primero que nos impacta de manera tremenda es el amor de Dios. En **1 Juan 4:8**, la Palabra nos enseña que *“Dios es amor”*. No dice simplemente que Él nos ama o que puede llegar a amarnos mucho, sino que Él es amor. Esa es Su esencia, y es algo que ningún ser humano puede experimentar fuera de Él. Por eso, en nuestra conversión, los demás difícilmente logran comprender lo que nos sucede.

Si Dios tuviera amor, habría una medida; pero como Él es amor, no hay medida. Salomón dijo que **“los cielos de los cielos no lo pueden contener”** (1 Reyes 8:27), y esa descripción de Su grandeza rompe todas las limitaciones. Como Su esencia es amor, Su vida es amor, lo que implica que, al ser alcanzados por Su vida, también somos inundados por Su amor, produciendo experiencias gloriosas.

Como maestro, soy un hombre que ama la Palabra y vivo alimentando en mis hermanos, la pasión por obtener la Luz del Señor para ver y comprender el Reino. El apóstol Juan escribió que **“la vida es la Luz de los hombres”** (Juan 1:4). En tal caso, si la vida es Luz, debemos comprender que la vida es Cristo y, por lo tanto, toda revelación es el producto de Su esencia, que es el amor. Ante esto, podríamos decir que la revelación más grande que podemos recibir es la de Su amor, porque es el fundamento de Su luz y Su verdad.

Comprender, desde la revelación, que **“Dios es amor”** es el gran tesoro escondido; es el detonante para la amplia comprensión del evangelio del Reino, y ciertamente si hubiere una franquicia, su demanda sería la ineludible manifestación del amor divino. Los hijos de Dios no solo tenemos el privilegio de sentirnos amados por el Padre, sino que debemos ser embajadores de ese amor.

La esencia de Dios es la esencia de Sus Palabras y la esencia de Sus diseños. Si comprendemos esto, nunca más cuestionaremos las circunstancias que debemos atravesar en Él, porque siempre estarán impregnadas de Su amor, y

debemos estar claros, que si nosotros funcionamos en la revelación de Su amor, nuestro entorno conocerá ese fluir divino.

En realidad, esta revelación del amor divino es la que más necesitamos todos los seres humanos. En el fondo, creo que lo sospechamos, porque todos, en algún momento, creyentes o no, tratamos de razonar o analizar filosóficamente sobre la esencia de Dios y es obvio que nuestro criterio de juicio no es correcto. Lamentablemente, cuando vivimos en oscuridad, la ausencia de vida espiritual y el desconocimiento de la verdad hacen imposible una conclusión sensata. Tal presunción nos queda demasiado elevada y terminamos en el mar de la nada, sacando conclusiones baratas, respecto del amor de Dios.

Solo con la llegada de la vida, que es la luz verdadera, podemos acceder a este misterio. Ojalá todos los cristianos fuéramos conscientes de esto, porque Dios se va revelando poco a poco, y no importa cuántos años transitemos en comunión con Su Espíritu, siempre hay más por descubrir. Créanme que deberíamos ser embargados por el firme deseo de conocer más y más de Su amor. El apóstol Pablo enseñó que esta comprensión contiene la clave de la plenitud:

“Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo

conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios”

Efesios 3:17 al 19

Consideremos que la raíz y el fundamento del evangelio del Reino es el amor. Solo entonces llegaremos a comprender también las dimensiones de lo incomprensible. En otras palabras, estar cimentados en el amor no implica haber alcanzado la cima de la plenitud. El fundamento recibido no es para quedarnos cómodos, sino para crecer con firmeza y seguridad. Todos podemos decir que Dios nos ama, pero si no vamos en busca de la plenitud, semejante cimiento no recibirá sus justos honores.

Hacer un fundamento para construir un edificio de ochenta pisos y luego, en lugar del edificio, colocar sobre esos cimientos una casita prefabricada sería un acto de incoherencia. Recibir el fundamento del amor de Cristo y quedarnos haciendo cultos sin avanzar hacia la plenitud de la vida del Reino, es una muestra de ignorancia desconsiderada.

Las extraordinarias señales que Dios realizó para sacar a los hebreos de Egipto no merecían un pueblo dando vueltas durante cuarenta años. Después de semejante manifestación de amor, no debería haber existido ninguna queja, ninguna murmuración, ninguna duda. Sin embargo, esto suele ocurrirle a muchos. Todo comienza con un gran amor, pero al poco tiempo de caminar con Él, parece que se olvidan.

Si lloramos emocionados al recibir por primera vez el maravilloso amor de Dios, no deberíamos acostumbrarnos a ello hasta el punto de hacer común lo extraordinario. Las primeras manifestaciones de Su amor no son todo lo que Él tiene para nuestras vidas; son solo los cimientos desde donde debemos edificar la madurez espiritual, capaz de llevarnos a la plenitud de Su persona. Lo que comienza con amor solo puede ser desarrollado en amor; por eso es tan importante que no perdamos de vista Su esencia.

Cuando la Biblia dice que Dios es amor, está queriendo decir que el amor es la esencia que lo define. Él no tiene una medida de amor, Él es amor, y Su grandeza es incalculable. Nuestro problema es que tenemos una comprensión muy limitada del amor. Es lógico que no podamos entender a Dios en toda Su dimensión, y rápidamente asumimos eso; pero, increíblemente, llegamos a creer que sí conocemos Su amor, y esa equivocada creencia es destructiva para la revelación.

Nuestra confusión radica en que el amor que nosotros conocemos es el humano, y ese amor nada tiene que ver con el amor que plantea la Palabra como esencia divina. El amor humano es egoísta, limitado, selectivo, imperfecto y absolutamente emocional. Por eso asociamos el amor con la satisfacción, el placer y la dádiva. Sin embargo, el Padre ama al Hijo de manera absolutamente perfecta, nadie puede dudar de eso, y aun así, lo envió a la cruz. Nosotros no podemos comprender tal cosa.

Es más, el hecho de que la mayoría de nosotros no enviaríamos a un hijo a morir por nadie, parecería dejar en evidencia un amor más lógico, comprensivo y protector. Entendemos que el impulso del amor hace imposible la resignación ante el sufrimiento de un ser querido. Por supuesto, no somos tan atrevidos como para dudar de Dios, pero cuando pensamos así, solo nadamos en la ignorancia de nuestros propios pensamientos.

No comprendemos el constante sufrimiento de la vida, y entonces nos preguntamos: Si Dios es Todopoderoso, ¿por qué no acaba de una vez con todo el mal? Somos tan simples y a la vez tan limitados que pretendemos encontrar lógica en nuestras conclusiones. Pablo dijo que, si pretendemos comprender el amor de Dios, debemos ser fortalecidos en el hombre interior por Su Espíritu. Sin duda, el peso de ciertas revelaciones no es para los simples.

Al final, pensemos un poco y hagámonos la siguiente pregunta: ¿Por qué motivo los planes de Dios incluyen un mundo nuevo donde mora la justicia, mientras que nosotros, con toda la lógica del amor que manejamos, somos absolutamente destructivos? La clave está en observar el alcance. Es decir, nosotros no entregaríamos a un hijo para que muera en una cruz, pero el hijo del vecino no es nuestro problema. Los hijos mueren todos los días, y, sin embargo, no andamos llorando por los hijos ajenos. Nuestra consigna de amor simplemente es: ¡No toquen a mi hijo!

Esa es la gran diferencia entre Dios y nosotros. Él puede parecer más frío o inmovible, a la vez que piensa en todos de manera amorosa. Nosotros parecemos cálidos amantes de nuestros seres queridos, pero podemos planificar guerras donde mueren miles de jóvenes. Incluso decimos amar, pero si nos traicionan, bien podemos pasar del calor al frío rápidamente. Si Dios dice que nos ama, así será, de manera eterna; en cambio, nosotros no portamos ninguna garantía para nuestras emociones.

Los casamientos ocurren todos los días, y todos, sin excepción, dicen amarse, jurándose fidelidad vitalicia. Sin embargo, la calidez de ese amor suele enfriarse rápidamente y, en algunos casos, pasa de ser amor a convertirse en odio con el mismo impulso. Esa es la gran diferencia con Dios. Él nos ama de manera inmutable y eterna. Nosotros no podemos hacer nada lo suficientemente malo como para que Él nos ame menos, ni nada lo suficientemente bueno como para que nos ame más. Él nos ama, y punto.

Su amor es perfecto, pero no evita la cruz. Es perfecto, pero no evita cada uno de los dolores que debemos superar. Nosotros no entendemos muy bien eso, por eso existe la religión. La inventamos para exigirnos derechos y para justificarnos condenas. Cuando las dimensiones de la gracia nos superan, inventamos nuevos dogmas religiosos que nos permitan razonarlo. Si es demasiado bueno, no puede ser gratis, y si es malo, debe existir una entrañable razón.

Lo más trascendente para la vida espiritual de todo cristiano es recibir destellos de luz respecto al amor de Dios. Mientras que para nosotros el amor es un sentimiento que fluctúa, para Dios es una esencia que permanece de manera eterna. Nosotros podemos decir que amamos hasta el infinito, pero ante una traición, podemos reducir la intensidad del amor hasta el mismo infierno.

Cuando leemos que Jesús le dijo a Judas: “*Amigo... ¿Con un beso me entregas?*”, torcemos la cara, analizando si en realidad Jesús fue absolutamente irónico al expresarse. Nos preguntamos si lo dijo porque debía quedar registrado en la Biblia y debía ser correcto, o si fue demasiado ingenuo como para reaccionar. La verdad es que nada de eso es cierto; el problema es que nosotros no podemos comprender lo que nunca hemos experimentado.

Si descubriéramos que un amigo íntimo, quien incluso llegó a comer de nuestro plato, nos traiciona por dinero, no divulgando un secreto, sino entregándonos para que nos maten... ¿Cómo reaccionaríamos? Bueno, seguramente buscaríamos la posibilidad de venganza, o al menos le diríamos en la cara todo aquello que lo pueda hacer sentir mal y culpable, hasta el día de su propia muerte.

¿Por qué creen que las películas de mayor éxito son las que contienen venganzas concretas? ¿Acaso nos gustaría una película sobre un hombre a quien le matan la esposa y los hijos, y, en lugar de asesinarlos a todos, simplemente los perdona? Si tuviéramos que ocupar el lugar de Jesús después

de la resurrección, ¿apareceríamos solo a los discípulos para mostrarles las heridas, o también apareceríamos ante los religiosos que hicieron falsas acusaciones para demostrarles cuán estúpidos fueron con sus acciones?

Cuando observamos la historia de la humanidad, encontramos muchos actos heroicos, de abnegación, sacrificio y amor al prójimo, pero con la misma intensidad encontramos miles y miles de acciones perversas, que ni los más crueles animales podrían ejecutar. Los seres humanos pasamos de darlo todo por amor a matar a muchos por odio. Así es el amor humano, como el fuego o el hielo, todo depende de las circunstancias.

Si observamos la vida de los dictadores más perversos del mundo, encontramos que también amaban, ya sea a sus familiares, a sus mujeres, a sus hijos o a sus mascotas. Pero amaban, al mismo tiempo que cometían terribles atrocidades con otras personas que no eran de su interés. Es verdaderamente despreciable ver a Hitler acariciando amorosamente a sus perros, mientras ordenaba matar a miles de niños en las cámaras de gas.

Cuando somos alcanzados por la vida de Dios, somos inundados de Su amor, y eso nos desborda. Tal vez pudimos ser amados por nuestros padres, o tal vez no, pero ciertamente todos hemos padecido la imperfección del amor ajeno. Es por eso que, en mayor o menor medida, cuando conocemos a Dios, sentimos que se enciende en nosotros algo único y especial, y no debemos acostumbrarnos a eso, porque si

pensamos que Dios ama con amor similar al humano, dejaremos de avanzar hacia la revelación de la plenitud.

Sentirnos amados por Dios es algo que no puede compararse con nada en esta vida. Lamentablemente, en la Iglesia hay algunos líderes religiosos que procuran generar dudas en los hermanos. Estos, de manera muy siniestra, porque condicionan el amor de Dios a través de las obras, lo cual produce mucha frustración en los hermanos que, habiendo recibido el don del amor gratuitamente, se meten en la interminable carrera de ganarse el amor del Padre con sus sacrificios.

Los seres humanos hacemos cosas por amor, pero además, hacemos cosas para ser amados. Por eso, la falta de cosas nos hiere o nos descalifica. Dios es el único que puede amar plenamente sin recibir nada, o sin hacer lo que otros esperan. Su amor es de otra dimensión, por eso creo que buscar la revelación del amor es buscar la revelación de Su persona, y nadie debería creer que ya lo conoce lo suficiente.

“¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos

*podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús,
Señor nuestro”.*

Romanos 8:35 al 39

Mientras que la llegada del amor de Dios nos revela Su esencia, la realidad de Sus hechos comienza a revelarnos lo que hizo por nosotros y por toda la humanidad (**Juan 3:16**). Reitero esto: Él no necesita hacer nada para amarnos, pero de todas maneras lo hizo. ¡Deleitarnos en Él es el mayor de nuestros privilegios!

Después de mostrarnos que Él es amor, Dios nos muestra inmediatamente que Él ama al mundo, pero que no es comprendido por nadie. Eso nos vuelve embajadores de Su amor, porque inevitablemente deseamos que otros experimenten lo que nosotros estamos viviendo. La pregunta sería: ¿Si no le creen a Él, qué podríamos hacer nosotros para que nos crean? Bueno, manifestar Su amor, porque Su amor, a diferencia del nuestro, es un fruto del Espíritu (**Gálatas 5:22**), y si ven el fruto, creerán en el árbol.

Ya caminando en la luz de Dios, descubrimos que, al igual que nosotros pensábamos antes, las personas creen que Dios siempre tiene limitadas intenciones respecto al dolor humano y que, si tuviera mucho amor, no permitiría tanto mal en la tierra. La mayoría llega a pensar que Dios amenaza con severas demandas, y que es estricto, distante y caprichoso respecto de sus intervenciones. Entonces, ¿cómo revertimos eso? No podemos, ni Dios espera que lo hagamos. Su amor se revela, no se explica, y eso solo tiene que ver con Su

soberanía, porque tiene todo el derecho de demandar lo que quiera y aun así amar de manera perfecta.

Puesto que la mayoría duda del amor de Dios, también dudan de las obras de Cristo a nuestro favor, pero en nosotros ya brilló Su luz. Una vez que somos tocados por Su amor, nunca más podremos decir que Dios no nos ama. Lo que no comprendemos es que la variación no está en Él, sino en nosotros mismos. No despegamos mágicamente de esa egoísta naturaleza carnal que supimos cultivar, por lo tanto, caminamos con el latente riesgo de portar sentimientos que pueden cambiar con el paso del tiempo, o por determinadas circunstancias de la vida.

El amor de Dios es inmutable y no sufre variación alguna, pero nuestra engañosa percepción puede producirnos grandes pérdidas. Nosotros, inconscientemente, medimos Su amor por Sus hechos y medimos nuestro amor a través de simples emociones. Es por eso que muchos cristianos, después de haber conocido el amor de Dios, parecen enfriarse, tal como les ocurre con otras personas.

Ante nuestras inestables emociones, Dios es como una gigantesca Roca de amor: inamovible, impenetrable, indestructible y simplemente “Eterno”. Ruego que podamos comprender que la única esperanza de una Iglesia encendida en el fuego del amor es la revelación de Su persona. La estabilidad espiritual no se logra con imposición de manos ni con la asistencia pastoral, como si fueran psicólogos

dedicados. La única posibilidad está en Su esencia, no en nuestro corazón.

Debido a que Dios es amor, es muy natural para Él amar Su creación, porque en Su esencia no hay sombra de variación (**Santiago 1:17**). Un águila vuela porque esa es su naturaleza; lo difícil sería que un cerdo quisiera imitarla. La verdadera vida del Reino no es para los cerdos que pretenden ser águilas estudiando teología. Es para los que descubren la esencia que han recibido en la genética del Padre y trabajan para desarrollarla. Si hacemos eso, descubriremos que el Padre ama al Hijo de tal manera que lo mandó a morir para meternos en Él, porque era la única forma de expresarnos Su amor.

Él nos puede amar en el Hijo, porque puede tener una perfecta comunión con nosotros a través del Hijo. Él no puede hacer eso con un pecador, porque Su amor es Su esencia, no un simple sentimiento. No digamos que “*Dios odia el pecado, pero no al pecador*”; eso lo dijo un hinduista llamado Mahatma Gandhi, pero no está en la Biblia (**Salmos 5:4 y 5**).

Dios no nos está invitando a que lo amemos de manera sentimental y humanamente compleja. Él procura meternos en la Persona de Cristo, porque ahí es donde habita la verdadera humildad, el verdadero amor y la verdadera fidelidad. Cristo es la única Roca; todo lo demás que podamos pretender son como hojas al viento. Es por eso que

muchos hermanos que dijeron amar profundamente a Dios, hoy ni siquiera desean congregarse.

Quienes actúan así no llegaron a comprender lo que implica habitar en Cristo, pensar con Su mente y sentir con Su corazón. El evangelio del Reino no puede ser vivido desde nuestra inestable naturaleza. Solo es posible su plenitud en la persona de aquel que nos amó y nos ama lo suficiente como para darnos lo que no tenemos en nosotros mismos: ¡Amor!

No nos engañemos, por favor. No declaremos, ni gritemos, ni juremos amor eterno, porque no somos confiables. En el fondo de nuestro ser se esconde un Judas. No olvidemos que, al final, todos los discípulos lo negaron, porque así somos los seres humanos: “No tenemos remedio. Por eso el Señor nos presentó la cruz”.

Tenemos un Dios que no solo nos demuestra Su amor, sino que Él mismo es amor, y para que podamos amar, se impartió a nosotros a través de Jesucristo. Ahora es nuestro Padre, y nosotros tenemos Su genética espiritual. Así como trajimos la imagen de nuestro padre terrenal, ahora tenemos la esencia del celestial (**1 Corintios 15:49**). No tenemos excusa, si una supuesta franquicia de Reino nos demandara funcionar en el amor divino, no deberíamos procurar explicaciones, sino tomar la cruz y permitir que Su amor fluya más allá de nosotros.

Dios no hace demandas del amor que mana de corazones no renacidos. El Padre demanda el amor de Sus

hijos porque sabe que ahora tenemos Su esencia y que somos capaces de dar lo que también nos fue otorgado. No hay ninguna justificación para el amor inestable o frío, excepto la ignorancia por falta de revelación, pero cuidado, porque Jesús nos hizo una dura advertencia para los tiempos del fin:

***“Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán.
Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad.
El amor de muchos se enfriará”.***

Mateo 24:10 al 12



Capítulo siete

LA FRANQUICIA DEMANDA **FE**

“Así pues, la fe nace al oír el mensaje, y el mensaje viene de la palabra de Dios”
Romanos 10:17 DHH

La ocurrencia de pensar en una franquicia del Reino, solo ha sido un pretexto para repasar algunos temas que considero fundamentales para la expresión del Reino. Al escribir, descubrí gratamente, que hay decenas y decenas de requisitos interesantes que podría agregar para aprender más del Reino, pero bueno, por una cuestión lógica, solo me quedé con algunos, entre los cuales no podía faltar la fe.

Sabemos que sin fe, es imposible agradar a Dios (**Hebreos 11:6**), y que solo podemos acceder a las verdades eternas por medio de la fe, es decir que es la única manera de recibir la voluntad expresada de Dios, ya sea a través de Su Palabra escrita o por la guianza de Su Espíritu Santo. Jesús dijo que Su Palabra era espíritu y vida. El evangelista Juan

afirmó: *“En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres”* (Juan 1:4). Por lo tanto, asumimos que la impartición de Su Palabra nos otorga la vida espiritual y la luz para avanzar por medio de la fe (Salmos 119:105).

La Palabra revelada de Dios nos permite ver, y esa es la esencia misma de la fe. Es decir, si alguien nunca ha visto el mar y una persona de confianza le cuenta sobre su existencia y le describe su esplendor, puede recibir una idea de cómo es y dar por hecho que verdaderamente existe. Sin embargo, ver el mar en persona es muy diferente a escuchar una descripción.

La fe viene por el oír, pero el oír es por la Palabra. La Palabra es la luz que nos permite ver, y esa es la esencia de la fe. Cuando no hay luz, no hay revelación; solo hay información. La información no alcanza para la fe, porque pertenece a la esfera del intelecto, mientras que la revelación pertenece a la dimensión espiritual.

La fe intelectual es la que utilizamos para todo lo natural, es la que tiene toda persona para enfrentar lo inesperado o improbable de la vida. Con esa fe la gente puede creer en alguna falsa deidad o simplemente confiar en las cosas de la vida diaria. Pero eso nada tiene que ver con la fe del Reino. Las personas que tienen su entendimiento bajo la influencia de las tinieblas simplemente no ven. Esa es la trampa que utiliza Satanás para engañar a muchos.

Los llamados en la Biblia “hijos del diablo” son los impíos que no recibieron la gracia de la vida y la luz de Dios. También, en su primera carta, Juan dice en el capítulo tres, verso diez, que *“en esto se reconocen los hijos de Dios y los hijos del diablo: todo aquel que no practica la justicia no es de Dios...”* Esto no es una simple expresión de rechazo; Juan está explicando la condición de los seres humanos.

Los que no han recibido la vida no han recibido la luz y, como no pueden ver, tampoco pueden guardar la justicia, que no es otra cosa que la voluntad de Dios. En cambio, los hijos de la luz vemos, y por cuanto vemos, creemos. Eso es la fe, y por ella debemos vivir, porque ese es el regalo divino (**Salmo 43:3**).

Cuando el Espíritu Santo vivifica la Palabra, se produce en nosotros la iluminación. Es decir, llegamos a ver lo que antes no veíamos. De ese modo, no solo conseguimos conocimiento, entendimiento y sabiduría, sino que obtenemos fe, que es el medio necesario para vivir en las dimensiones del Reino.

Como hijos de Dios, debemos llenarnos de Su Espíritu y de Su Palabra. Entonces reflejaremos Su luz en un mundo oscurecido por el pecado. Nuestro objetivo al dar testimonio de la verdad debe ser impartir vida y alumbrar a todos. Eso es vivir en el poder de la fe. Algunos creen que la fe es emprender un buen negocio, y está bien, también lo incluye, pero el objetivo principal de los que vivimos en fe es la manifestación del Reino a través de nuestras vidas.

En el Reino, la fe es una cuestión legal. Y no me estoy refiriendo al legalismo, sino a la legalidad. Es importante que comprendamos esto para establecer un equilibrio sano en la definición de su esencia y funcionamiento, ya que el extremo opuesto al legalismo es el estado de exaltación emocional, con el cual hemos actuado en la Iglesia pentecostal, otorgando primacía a lo sensible por sobre la sabiduría espiritual o la voluntad de Dios bien entendida.

Por supuesto, esto no ha sido culpa de la gente, sino de los comunicadores, que en el afán de bendecir a los hermanos, estimulan más el entusiasmo que la verdadera fe. Yo también asumo mi responsabilidad al respecto, porque la predicación de la Palabra es un misterio maravilloso, pero más complejo de lo que muchos suponen. En ocasiones, y aun sin quererlo, los predicadores solemos atravesar la fina línea que separa la revelación de la motivación, y eso depende de varios factores.

En mi caso, puedo decir que el paso de los años ministeriales me ha brindado la comprensión de que entiendo menos de lo que pensaba, y eso me ha hecho más dependiente del Espíritu Santo. La juventud, el deseo de servir a Dios y la imprudencia bien intencionada no son ajenos a quienes hemos recibido un llamado de parte de Dios para comunicar Su Palabra, y en el afán de hacer las cosas con pasión, es fácil caer en las simples expresiones motivacionales.

Quienes nacimos espiritualmente en una congregación pentecostal recibimos códigos muy diferentes a los que

nacieron en una congregación bautista, adventista, metodista, anabaptista, anglicana, luterana, etc. Sin dudas, la formación primaria es determinante para operar luego como ministros, no somos más que víctimas o afortunados de la impronta espiritual.

Por eso considero que, en la madurez ministerial, tenemos la obligación moral de revisar todo concepto a la luz de la humildad, tanto para afirmar lo correcto como para cambiar aquello que nos han enseñado mal. Lamentablemente, muchos ministros se rehúsan no solo a cambiar algo, sino directamente a escuchar algo diferente.

“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.”

Hebreos 11:1

La palabra **“certeza”**, que es utilizada por la versión bíblica Reina-Valera, en el griego original es la palabra: *“hupóstasis”*, que también significa esencia, asegurar, confianza, sustancia, garantía, etc. Por su parte, la palabra **“convicción”**, en griego, es la palabra: *“élengchos”*, que significa prueba, convencimiento, persuasión, seguridad, evidencia, etc.

En otras palabras, la fe del Reino es un documento legal, la garantía del Rey, establecida en Su voluntad, sobre la cual Él se ha comprometido. La fe no tiene nada que ver con nuestros deseos ni con nuestras emociones, sino con la voluntad de Dios.

Esto, sin dudas, descalifica muchos de nuestros entusiastas pedidos de oración. Esa propuesta motivacional: *“Crea y le será hecho...”* suena más para el genio de la lámpara de Aladino que para nuestro Dios.

Nosotros podemos desear una casa y pedirla por fe, creyendo que Dios es Todopoderoso para dárnosla, y está bien. Es cierto que Él puede hacerlo, pero si Dios no nos ha hablado acerca de la casa, solo tenemos un deseo. Podríamos vincular nuestro deseo al hecho de que es algo bueno y que Dios, como Padre, no se negará a tal cosa. Pero, ¿qué pasa si esa casa no está vinculada a Su propósito?

La Biblia enseña que el Señor solo nos ve en el Hijo. Recordemos que fuimos bautizados en un Cuerpo. Es decir, que fuimos metidos en Él, y solo en Él vivimos, nos movemos y somos (**Hechos 17:28**). Él es nuestra justicia y solo en Él tenemos comunión con el Padre.

El apóstol Pablo decía: *“Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios...”* (**Colosenses 3:3**). Si ya no vivimos nosotros, si Cristo vive en nosotros y lo que ahora vivimos, lo vivimos en la fe del Hijo (**Gálatas 2:20**), deberíamos preguntarnos si la casa que deseamos está vinculada al propósito de Dios o no.

“Y esta es la confianza que tenemos delante de Él, que si pedimos cualquier cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye.”

1 Juan 5:14

La fe no es creer que algo puede ser hecho o recibido. La fe es creerle a Dios. Por lo tanto, si Dios no ha hablado acerca de algo, solo tenemos deseos. Ese es el motivo por el cual muchas cosas no nos han funcionado.

Podemos utilizar **Mateo 7:7 y 8**, que dice: ***“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.”*** Pero la Biblia debe ser interpretada bajo los parámetros que ella misma impone. No debemos tomar un versículo y hacer doctrina sin aclarar el contexto y el respaldo de otros versículos. Por eso es clave que comprendamos lo que Jesús también dijo en otro momento:

“Si permanecéis en Mí, y Mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y os será hecho.”

Juan 15:7

Veamos que Jesús condiciona los pedidos que podamos hacer al Padre. Él dice que podemos pedir lo que deseamos, pero primero debemos permanecer en Él, y Su Palabra debe permanecer en nosotros. Es decir, que fuera de Él no hay ningún derecho legal, y Su Palabra es la expresión de Su perfecta voluntad, no de nuestros deseos.

Alguien podría recordar ahora el **Salmo 37:4**, que dice: ***“Deléitate asimismo en Jehová, y Él te concederá las peticiones de tu corazón.”*** El problema no está en tener deseos y buscar la complacencia, sino en que nuestro corazón esté bajo Su gobierno. Considerando que un corazón

entregado es un corazón rendido a la voluntad de Dios, ¿por qué no habría de ser complacido por Él?

Es más, el Señor, antes de darnos, nos pide. Lo cual es glorioso, porque Él es Omnipotente y Todopoderoso, sin embargo, nos pide a nosotros. Y, ¿qué nos pide? Bueno entre otras cosas nos dice: ***“Dame, hijo mío, tu corazón, y miren tus ojos por mis caminos...”*** (Proverbios 23:26).

Por lo tanto, la conclusión está a la vista. Si permitimos que el Señor gobierne desde nuestro corazón, poniendo en nosotros Su voluntad y llevándonos a la disposición de andar por Sus caminos, ¿qué podría impedir que Dios nos otorgue lo pedido?

Pero, lamentablemente, lo que ocurre en la Iglesia es que muchos leen la Biblia, toman un versículo y luego lo aplican sin considerar el contexto de lo dicho por el Señor. Sin embargo, no hay legalidad en tal asunto. La Biblia no está para complacer nuestra voluntad, sino la del Señor.

Si realmente hubiere una franquicia establecida para su expresión, tendría un artículo que diría: “En el Reino, la fe es un derecho legal vinculado solo a la voluntad del Rey, y es indispensable para recibir todo lo que por gracia ha sido otorgado”.

Jesús dio varios ejemplos de cómo debe funcionar la fe. Siempre la vinculó a la autoridad, y demostró con Su propia vida como debe funcionar, por eso pudo decir:

“Y todo lo que pidieréis al Padre en Mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en Mi nombre, Yo lo haré.”

Juan 14:13 y 14

Si alguien de pronto predica este hermoso pasaje de Juan, no debe olvidar incluir el siguiente versículo, porque el Señor no habló con subtítulos, como los que agregan ciertas editoriales. Él continuó diciendo: ***“Si Me amáis, guardad Mis mandamientos” (Juan 14:15)***. En otras palabras, es como si Jesús dijera: “Si se dejan mandar por Mí y guardan Mis órdenes, pueden pedir con fe, porque pedirán conforme a Mis deseos y el Padre no se negará a eso...”

Amados, la fe es extraordinaria, porque no es el resultado de una virtud humana, sino de una gracia divina. La fe es el documento legal que el Padre otorga a través de Su voluntad. Si Él lo dijo, podemos pedirlo, porque Él no miente y, si lo dijo, seguramente lo hará (**Números 23:19**). Sin embargo, si no lo dijo, no hay fe, puede haber deseos, pero no fe.

La fe es el resultado de una garantía basada en la Palabra de Dios. Es decir, si no podemos probar que Dios ha fallado en algo de lo que alguna vez prometió, entonces podemos estar seguros de que las verdades eternas, pueden determinar nuestra realidad presente. Solo debemos decir: ***“Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso” (Romanos 3:4)***.

El Reino no funciona por necesidad, porque de ser así, el mundo no estaría lleno de necesitados, ni la Iglesia tampoco. El Señor no obra conforme a simples deseos, porque en tal caso, solo sería nuestro servidor. El Señor es el Rey de Gloria y solo se hace Su voluntad. Por lo tanto, una vez expresada, será hecha y punto.

Una vez que recibimos la nueva vida espiritual, tenemos la posibilidad de entrar en esas dimensiones, tanto para comprender a Dios como para verlo en todo tiempo y lugar. Y como dijo Juan, un día lo veremos tal como Él es (**1 Juan 3:1 y 2**). Sin embargo, hoy por hoy, nuestra comunión es por medio de la fe, que no es otra cosa que la “*convicción*” de lo que no vemos (**Hebreos 11:1**). Pero esa convicción no solo es para creer en Dios, sino para creerle a Dios.

La palabra convicción proviene, en su etimología, del vocablo latino “*convictionis*”. Es de donde proviene la palabra “convicto”, que es alguien privado de su libertad, alguien encerrado sin poder salir, y alude en nuestro caso a alguien que puede sentirse dueño de una verdad, estar seguro de algún conocimiento.

Quien tiene convicción no puede salirse de ella. Puede o no escuchar opiniones diferentes, pero se mantiene firme en su creencia. De allí la diferencia entre creer en algo suponiéndolo cierto, y estar convencido de que es realmente así. El que tiene convicción no se sale de lo que cree, a menos que encuentre otra convicción en la cual deba sostenerse.

Aunque tenemos la historia de muchos héroes de la fe desde el principio de las Escrituras, la palabra “fe” curiosamente se menciona solo tres veces en el Antiguo Testamento, al menos según la versión Reina-Valera.

La palabra hebrea traducida como “fe” en **Habacuc 2:4** es “*emunah*”, que significa “apoyo”. Esto es perfecto porque la fe es como “apoyarnos en el Señor”, ya que Él está presente en cada situación. Independientemente de lo que pensemos, Él siempre sabe lo que es mejor en cada caso, y muchas veces tenemos que ver por fe, y no por medio de nuestros propios ojos. Pero esa es nuestra convicción.

“...que la fe de ustedes no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.”

1 Corintios 2:5

Nada puede cambiar el plan perfecto y soberano de Dios. Sin embargo, Dios puede darnos, y de hecho nos ha dado, la gracia de la fe. Luego, Él mismo obra a través de esa fe en Sus hijos para llevar a cabo Su plan. Así que, desde nuestra perspectiva humana, pareciera que nuestro ejercicio de la fe cambia la forma en que Dios actúa.

En realidad, ese cambio de situación se produce desde nuestra perspectiva, pero no en la de Dios. Él sabía y sabe perfectamente todo lo que ocurrirá. Solo está gestionando Su voluntad, desde la fe otorgada a los hombres. En realidad, cuando conseguimos un milagro, para Dios no fue tal cosa.

Los milagros existen para nuestro plano natural, pero no para Dios.

Alguien podría decirme: “Pastor, ¿usted está diciendo que los milagros no existen?” No, yo no digo que no existan, digo que solo existen para nosotros, pero no para Dios. Según el diccionario, un milagro es un suceso extraordinario y maravilloso que no puede explicarse por las leyes regulares de la naturaleza y que se atribuye a la intervención de Dios.

Es decir, cuando Dios interviene en algo, Él no está considerando eso como algo sobrenatural, sino natural para Él. Nosotros podemos denominarlo sobrenatural, pero para Dios es natural y posible. Por lo tanto, para Él no es un milagro hacer algo; es simplemente normal a través de Su poder, mientras que nosotros lo vemos y lo recibimos como algo extraordinario.

La fe no deja de ser un misterio para el hombre, porque es el nexo entre el plano espiritual del Reino y el plano natural de nuestro ser, aún no glorificado. Es como el portal que podemos abrir para ingresar o recibir las virtudes del Reino.

“¿No te dije que si crees, verás la gloria de Dios?”

Juan 11:40

Por ejemplo, en algunas ocasiones, Jesús sanó a personas y dijo: ***“Tu fe te ha sanado”*** (Mateo 9:22; Lucas 17:19). En otras ocasiones, Jesús estaba enseñando en Su

ciudad natal, Nazaret, y los habitantes lo rechazaban. Por tal motivo, Marcos dice: ***“Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos. Y estaba asombrado de la incredulidad de ellos”*** (Marcos 6:5 y 6).

Por tanto, la Biblia contiene ejemplos en los que Dios actúa o simplemente no lo hace, como respuesta directa a la fe o a la falta de ella en las personas. ¿Acaso la fe de la gente cambia el plan de Dios? Desde una perspectiva humana, parece que Jesús hizo algo diferente de acuerdo con el nivel de fe de las personas. Sin embargo, desde la perspectiva de Dios, Él ya sabía a quién sanaría y a quién no. En ese sentido, el plan de Dios no cambió. Al Señor, nada lo toma por sorpresa.

La dificultad con la pregunta de si la fe puede cambiar el plan de Dios tiene que ver con la pregunta general sobre la voluntad de Dios y la elección humana. Dios conoce todas las cosas y tiene un plan perfecto. El Reino es, por sobre todas las cosas, el gobierno de Dios sobre nosotros y sobre toda situación.

El Señor ordena o permite que las personas hagan ciertas cosas, cumpliendo así Su plan a través de los hechos. Además, Dios permitió que el pecado entrara en el mundo y aún permite el sufrimiento. Algunos pretenden justificar esto, pero Dios no necesita ser defendido. Él es el Soberano y Todopoderoso, Él puede permitir cosas sin generarlas, o aun sin desearlas, pero también podría impedir las. Eso es parte de

los misterios del Reino a los cuales no tenemos acceso. Solo debemos confiar que Dios sabe lo que hace o permite.

Sin embargo, hay cosas que no son parte de la voluntad decretada por Dios, pero son parte de Su voluntad permisiva. El plan final de Dios para la humanidad, y el camino que debe tomar para cumplir ese plan, es mucho más grande y complejo de lo que podemos comprender. Y no hay dudas de que todo terminará como Él lo ha determinado.

Hay lugar tanto para los mandatos de Dios para nosotros como para Su presciencia de cómo responderemos a Sus mandatos. Él no creó a los seres humanos como autómatas dirigidos mecánicamente. Nos ha creado con la capacidad de elegir y determinar, al igual que Lucifer, motivo por el cual, siendo un querubín perfecto, eligió convertirse en el diablo.

Los ángeles también pudieron elegir, por eso una tercera parte de ellos lo siguió en su maldad. Los hombres también fuimos creados con la capacidad de elegir, por eso Adán y Eva se comieron la fruta. Dios podría haberlo evitado, porque Él es el Soberano; sin embargo, determinó respetar la elección y planificar de qué manera haría volver al hombre a su posición de privilegio.

“De cierto os digo, que si tuviereis fe y no dudareis, sino que si a este monte dijereis: ‘Quítate y échate al mar’, será hecho.”

Mateo 21:21

La fe es extremadamente importante en nuestro caminar con Dios (**Hebreos 11:6**). Incluso una pequeña cantidad de fe puede lograr grandes cosas, no porque la fe sea un poder especial que poseemos, sino porque el objeto de nuestra fe es que se produzca en la tierra lo que Dios ha planificado en el cielo. La fe no está vinculada con nuestros deseos, sino con Su voluntad. Sin embargo, como hijos de Dios, Su voluntad debe ser lo que deseamos que ocurra.

Es una cuestión de perspectiva. Para nosotros, es como si deseáramos algo, y porque lo creemos, ocurre. Para Dios, fue Su voluntad primero y desde la eternidad. Luego ocurrió como estaba programado. Los deseos y el creer solo terminan produciendo lo que Él estableció, y punto. No hay milagros contra Su voluntad. Y Su voluntad no se define cuando hay una necesidad; Él ya sabía todo desde antes de los tiempos.

La fe también es importante en la salvación, pero incluso la fe que nos salva no cambia el plan de Dios. Dios nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo (**Efesios 1:4**), recibimos la fe como un regalo (**Efesios 2:8 y 9**), y luego de la salvación, seguimos caminando por fe (**2 Corintios 5:7**). Y ese caminar por fe sigue cumpliendo el plan de Dios: *“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”* (**Efesios 2:10**). De principio a fin, el plan de Dios se lleva a cabo, ya que Él usa a personas llenas de Espíritu y de fe para producir Su voluntad en el mundo.

La fe no cambia el plan final de Dios, aunque es una parte esencial de la vida cristiana (**2 Corintios 4:18**). La fe es el medio otorgado para conocer a Dios y recibir Su vida. La fe es el medio para comprender Su voluntad y vivir por ella. La fe es el medio por el cual pedimos y hacemos lo que Él desea, para que Su propósito se lleve a cabo y Él sea glorificado.

La fe es el medio para vivir la maravillosa gracia del Reino, a la vez que anunciamos Sus virtudes al mundo. Es nuestra tarea hacer discípulos y enseñarles para que ellos también puedan guardar Su voluntad por medio de la fe, porque esa es la vida del Reino.

Jesús se acercó a ellos y les dijo:

“Dios me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced mis discípulos a todos los habitantes del mundo; bautizadlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y enseñadles a cumplir todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.”

Mateo 28:18 al 20 DHH

El Reino de Dios es glorioso y ciertamente funciona cuando los hijos de Dios vivimos apasionados por Su presencia. Pensar en una franquicia no ha sido más que una excusa para que podamos comprender que el funcionamiento y la efectividad de nuestra vida están vinculados a la fidelidad que expresemos respecto a Su voluntad.

Debemos tener claro que no es a nuestra manera, que lo más importante no son nuestros deseos, que Dios no es nuestro servidor para complacernos. Sin embargo, si nos enfocamos en Él, en Sus diseños, en Su propósito y en Su voluntad, todo lo necesario, todo lo mejor, todo lo que deba venir a nuestras vidas, simplemente vendrá.

Esto no implica todo lo grato, o todo lo que deseamos, sino lo que Él desea, y Él siempre sabe lo que es mejor, aunque nosotros no podamos comprenderlo. No procuremos cambiar los diseños del Reino, solo apeguémonos a ellos, tal como si una franquicia regulara nuestra gestión, y entonces veremos la gloria del Señor.

***“Tú, oh Dios, estás sobre los cielos,
y tu gloria cubre toda la tierra”.***

Salmo 108:5



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Maestro

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

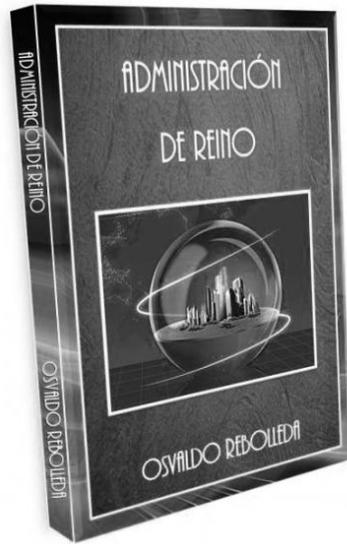
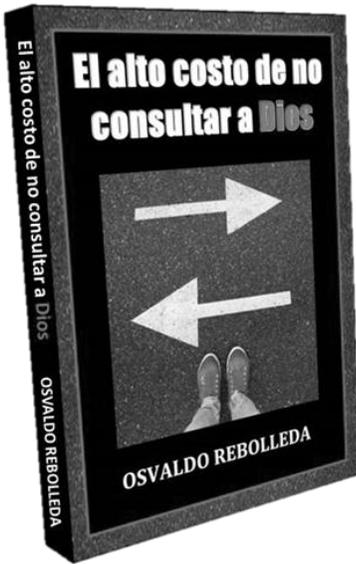
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

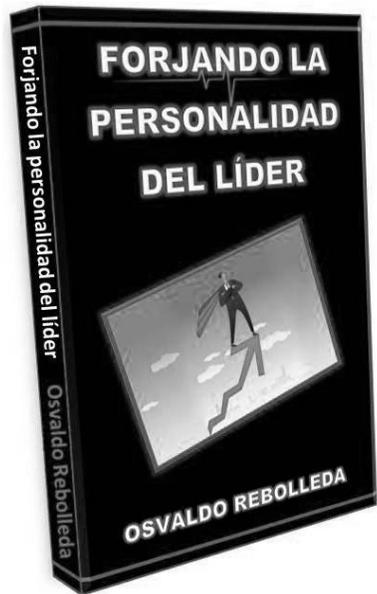
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

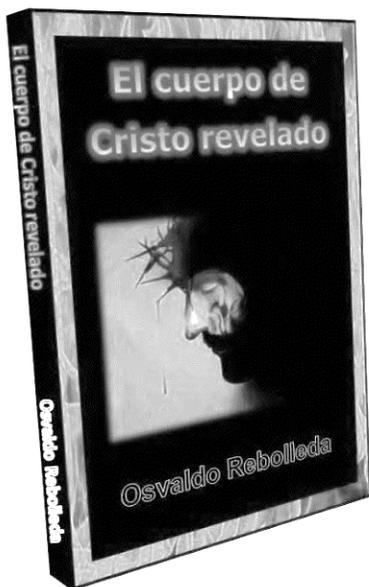
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com



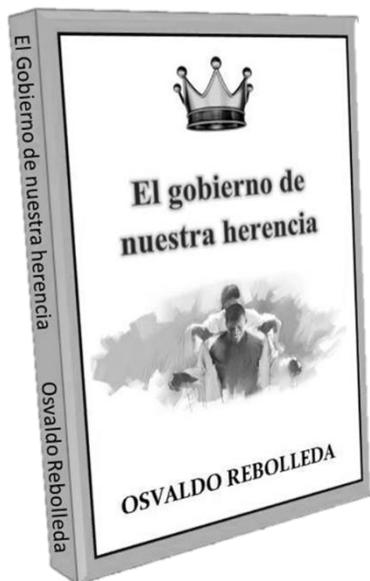
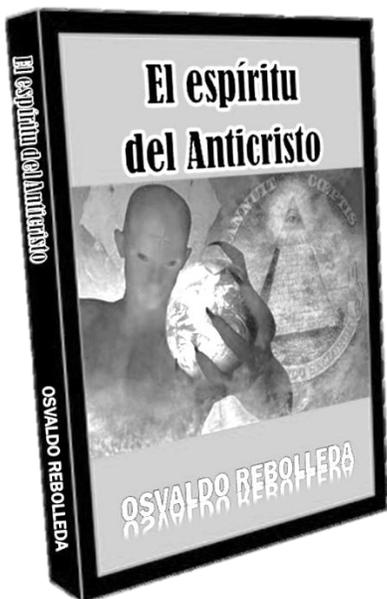
www.osvaldorebolleda.com



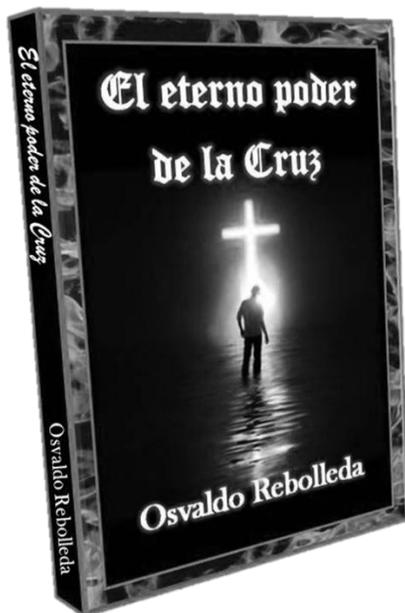
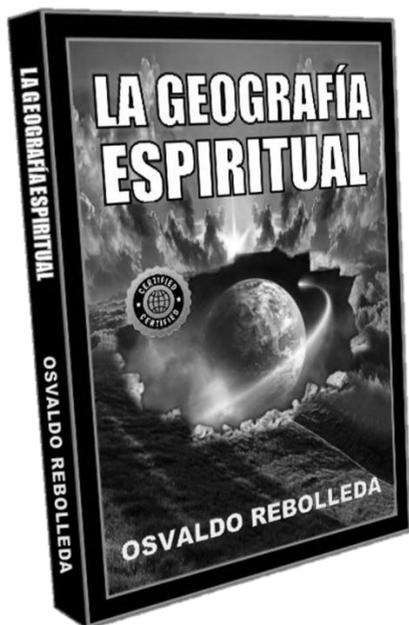


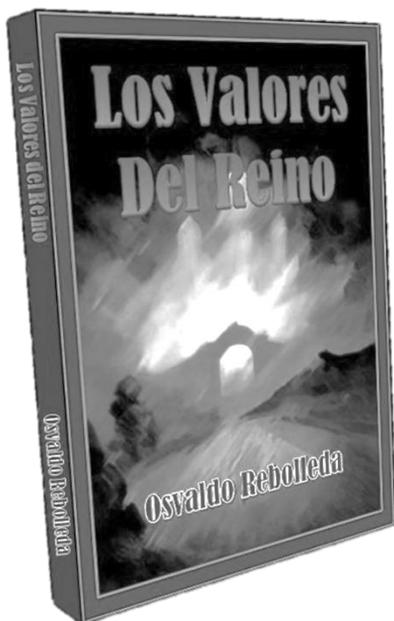
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

